

La peste de Justiniano en las fuentes latinas (siglos VI-VIII): realidad y construcción cultural

*The Justinian Plague in Latin Sources (6th-8th Centuries):
Reality and Cultural Construction*

Juan Alejandro González-Nestares
Universidad de Salamanca
<https://orcid.org/0000-0002-2884-6484>
nestares@usal.es

Recibido: 13/07/2023; Revisado: 04/12/2023; Aceptado: 30/01/2024

Resumen

Examinamos cómo pudo influir en la mente posromana la «Peste de Justiniano» (o «primera pandemia»), en el medio plazo, o si, en cambio, fue olvidada tras su fin. Partimos de un análisis de las fuentes escritas del occidente latino. En estas, los términos y temas vinculados a la peste muestran que probablemente dejó una fuerte impresión en el conjunto de la sociedad. Tras las primeras experiencias, los sucesivos brotes de peste podrían haber creado una forma particular de abordarla en el imaginario colectivo, que perduró con posterioridad a la conclusión de los brotes epidémicos.

Palabras claves: Peste de Justiniano, Antigüedad tardía, fuentes escritas, historia conceptual.

Abstract

We examine how the “Justinian Plague” (or “First Pandemic”) could have influenced the post-Roman mind in the medium term. We start from an analysis of the written sources of the Latin West. In these, the terms and themes linked to the plague show that it probably did leave a strong impression on the society as a whole. After the first experiences, the successive outbreaks of plague could have created a particular way of approaching it in the social imaginary, which lasted after the conclusion of the epidemic outbreaks.

Keywords: Justinian Plague, Late Antiquity, Written Sources, Conceptual History.

1. INTRODUCCIÓN

1.1. La peste: etiología, epidemiología

Primeramente, aunque la cuestión de la identidad de una enfermedad deba tratarse con cautela,¹ debemos atender a las características de la peste según el conocimiento actual; saber qué enfermedad está detrás de una epidemia nos permite relacionar su incidencia con el escenario social y físico donde tiene lugar, con lo que pueden comprenderse mejor sus efectos demográficos, económicos, políticos y culturales (HAYS, 2007: 43).

La peste es una enfermedad infecciosa, causada por la bacteria *Yersinia pestis*. Es principalmente una zoonosis, que afecta a poblaciones de roedores salvajes, empleando sus ectoparásitos, principalmente pulgas, como vectores.² Así, crea reservorios naturales estables. Esta forma ecológica de peste, llamada «peste selvática» (JORGE, 1933: 15), afecta solo a personas en estrecho contacto con roedores salvajes. Pero, en las zonas cercanas a áreas antrópicas, animales salvajes portadores pueden intercambiar ectoparásitos con los roedores comensales de los humanos e infectarlos (STATHAKOPOULOS, 2004: 125-126). Los comensales –sobre todo la rata negra (*Rattus rattus*)– viven muy cerca de los humanos, y cuando, al ser muy susceptibles a la peste, pronto sucumben, sus pulgas no encuentran más huéspedes y pueden infestar a personas, transmitiendo, por mordedura, la enfermedad.³ En humanos, el bacilo es muy agresivo. La enfermedad puede desarrollarse bajo tres formas clínicas: peste bubónica, neumónica o septicémica. Sin tratamiento, la letalidad es del 40-60% para la bubónica y del 100% para las demás. La forma bubónica es la mayoritaria: los bacilos ingresan al cuerpo mediante la mordedura, desde cuya zona alcanzan e infectan las glándulas linfáticas más cercanas (femorales, axilares, cervicales y, sobre todo, las inguinales) provocando allí inflamaciones muy dolorosas y purulentas; los bubones. El período de incubación es de 1-7 días. Después, los bubones crecen y la *Y. pestis* se disemina a través del sistema circulatorio por todo el cuerpo, causando la muerte en 3-5 días de promedio. Si, antes de la muerte, las bacterias llegan por el torrente sanguíneo a los pulmones, pueden causar una peste neumónica secundaria. El aquejado de esta infección pulmonar tose y puede contagiar directamente –especialmente en entornos fríos, húmedos y abarrotados– a las personas cercanas, que contraen así peste neumónica primaria. Esta forma es la más rápidamente letal: entre la aparición de síntomas y la muerte transcurren entre dieciséis horas y cuatro días. Otra variante es la peste septicémica primaria: una infección masiva del torrente sanguíneo que provoca la muerte a veces en solo 3-4 días, antes de que

1 Vid. *infra*, apartado 2.

2 *Y. pestis* apareció hace, al menos, 7000 años, y adquirió la facultad de sobrevivir en el proventrículo –órgano digestivo– de la pulga, y, así, causar peste bubónica, unos 3800 años ha. Sobre la historia natural de la peste, *vid.* BARBIERI *et al.* (2021); BIRABEN y LE GOFF (1969): 1485-1486; HARPER (2019): 338-343; McCORMICK (2021): 42-43; STATHAKOPOULOS (2004): 124; SUSAT *et al.* (2021).

3 Sobre especies de roedores que destacan como portadores de peste, *vid.* ARMITAGE (1994): 231-234 ss.; McCORMICK (2003): 1-12. El principal vector entre roedores y humanos es la pulga *Xenopsylla cheopis* (*vid.* BIRABEN y LE GOFF, 1969: 1488; STATHAKOPOULOS, 2004: 126-128).

aparezcan bubones (BIRABEN y LE GOFF, 1969: 1487-1488; STATHAKOPOULOS, 2004: 129; McCORMICK, 2021: 43).

Con estas características, la peste habría sido responsable de tres pandemias: la Peste de Justiniano (ss. VI-VIII); la «segunda pandemia» (ss. XIV-XVIII), que comenzó con la conocida «Peste Negra», y la «tercera pandemia» (ss. XIX-XX).

A este «modelo clásico» de transmisión de la peste se ha objetado que, dependiendo tanto el bacilo de roedores y pulgas, no podría haber logrado una gran incidencia. Por ello, se han sugerido otras posibilidades, muchas difícilmente aceptables.⁴ Pero, en cualquier caso, esta dependencia genera sustanciales condicionantes y particularidades de cara al surgimiento de un brote local y a la difusión epidémica. El primero es el espacial: la escasa movilidad de ratas y pulgas dificulta la difusión a gran escala. Por ello, el transporte de ratas hubo de ser pasivo, probablemente vinculado al de cereales; habrían llegado en los barcos, abundando más en puertos y zonas costeras. El segundo es el temporal: los brotes locales dependen de la conducta y reproducción de los portadores. El período más fértil para las ratas es la primavera y el verano, y para las pulgas lo ideal es un clima cálido y húmedo y, por ello, surgen especialmente en verano y muy poco en invierno. Al llegar pulgas infectadas a un nuevo lugar tampoco seguiría de inmediato la peste: por su demora en la actividad infecciosa y el período de incubación humana, la primera muerte acontecería tras unos 23 días. Puesto que, además, la navegación requería un clima favorable, la peste bubónica habría tenido una estacionalidad (acorde con registros de la Peste Negra): aumento en abril, pico en mayo-julio y descenso en septiembre; y el invierno, que favorece la concentración humana en estancias cerradas, sería más propicio para la peste neumónica (BENEDICTOW, 2021: 47-48; BIRABEN y LE GOFF, 1969: 1488-1489; McCORMICK, 2003: 10; STATHAKOPOULOS, 2004: 131). Por lo demás, la peste no parece tener sesgos por edad (POLAND y DENNIS, 1998: 550) o sexo.⁵ Tampoco parece posible probar que se desarrollase inmunidad a la misma.⁶

Por supuesto, la duración y la frecuencia de los brotes de peste dependían del clima, vías de comunicación, estructuras sociales y costumbres de cada localidad, y los datos de las segunda y tercera pandemias no tienen por qué haber sido idénticos en los ss. VI-VIII (BIRABEN y LE GOFF, 1969: 1489-1490; STATHAKOPOULOS, 2004: 131-132). Pero entender estas características de la enfermedad es vital para interpretar la peste de Justiniano. Primeramente, porque determinando sus posibilidades de prevalencia en amplios grupos humanos pueden enmarcarse las posibilidades que tuvo de modelar las sociedades de la Antigüedad tardía. En segundo lugar, porque sus peculiaridades epidemiológicas pueden indicar cómo diferentes zonas se vieron afectadas. En tercer lugar, porque quizá es posible

4 Sobre todo, que existiesen mayores niveles de contagio directo entre humanos, bien mediante mayor prevalencia de la peste neumónica, bien mediante otros vectores, como los piojos o la pulga humana (*Pulex irritans*) (cfr. MIARINJARA *et al.*, 2021: 13; STATHAKOPOULOS, 2004: 128). También se ha especulado que otros mamíferos pequeños, como los lagomorfos, pudieron influir en la explosión pandémica (HARPER, 2019: 347).

5 Quizá factores socioeconómicos causaron más prevalencia en varones y más muertes en mujeres y niños (BENEDICTOW, 2010: 208; BENEDICTOW, 2021: 674-677; ELL, 1984: 866-879; STATHAKOPOULOS, 2004: 133).

6 BENEDICTOW (2010): 268 ss., y BIRABEN y LE GOFF (1969): 1486-1491 refutan otras teorías de inmunidad.

entender ciertos fenómenos y procesos de la Antigüedad tardía como causados o al menos catalizados por la pandemia. Y, finalmente, porque paralelos al desarrollo del conocimiento científico sobre la peste se han desarrollado todos los análisis históricos sobre este tema.

1.2. Estado de la cuestión

Incluso antes de descubrirse la *Y. pestis*, ya surgió en el s. XIX la idea de que las epidemias habían contribuido al declive del Imperio Romano desde el s. VI (vid. STATHAKOPOULOS, 2000: 257 ss.). Esta teoría resurgió en la década de 1960, cuando comenzó a formularse un modelo según el cual la peste había sido agente de una reacción en cadena conducente al mundo medieval: originó una catástrofe demográfica, truncó el resurgir del estado bizantino, causó el declive de la literatura y fomentó el giro apocalíptico del cristianismo y el éxito del islam (RUSSELL, 1968: 174-182). En 1969, Biraben y Le Goff, revisando las fuentes escritas, realizaron un catálogo de brotes de peste que abarcaba hasta el 767. Concluyeron que la peste no causó todos los cambios de este período, pero pudo contribuir, especialmente al aislamiento de occidente del Mediterráneo (BIRABEN y LE GOFF, 1969: 1508). Este abordaje dio pie a más estudios de los brotes de peste como pandemia conjunta. En 1979, Allen incluyó más fuentes escritas, postuló una caída demográfica del 30% que habría alentado las medidas para vincular a los agricultores a la tierra, y acuñó el término de Peste «de Justiniano» (ALLEN, 1979).

En adelante, este tema interesó a más investigadores, generando diversas posturas. Algunos reaccionaron contra la aceptación acrítica de las cifras de víctimas de las fuentes bizantinas –de la que dependían las inferencias sobre sus efectos– y, en general, contra la peste como única fuerza de transformación, en favor de un modelo de reestructuración y adaptación (HARRISON, 1993). Otros –apoyados por la posibilidad, desde 1998, de encontrar restos del bacilo en los dientes de las víctimas y por la evidencia de cambios climáticos adversos en esta misma época (vid. STATHAKOPOULOS, 2000: 275)–, incluyeron más pruebas en el catálogo de fuentes escritas y arqueológicas (LITTLE, 2007a; STATHAKOPOULOS, 2004) apoyando la tesis de que las catástrofes naturales fueron el motor del paso de la Antigüedad a la Edad Media. Al mismo tiempo, no obstante, las principales obras sobre esta época desestimaron de base esta idea.⁷ Por tanto, la situación subsiguiente ha sido, por un lado, de no consideración a la narrativa general de la «primera pandemia» y, por otro, de acumulación de datos dispersos –arqueológicos, biomoleculares, paleoclimáticos, papirológicos, numismáticos– que, unidos a una relectura de las fuentes escritas, han configurado el paradigma de la conjunción de frío, hambre, peste y desastres naturales como el definitivo asesino del mundo antiguo.⁸

⁷ Observación de MORDECHAI y EISENBERG (2019b), sobre las obras *Framing the Early Middle Ages* de Chris Wickham y *The Fall of Rome* de Bryan Ward-Perkins.

⁸ El cual se ha materializado en obras con un amplio público (ROSEN, 2008; HARPER, 2019). Cfr. SARRIS (2022): 323-324, que considera que, a pesar de esto, la inmediata reacción de algunos investigadores a la obra de Harper (vid. HALDON *et al.*, 2018) invalida la catalogación de este modelo como paradigmático.

A este paradigma se han opuesto recientemente algunos investigadores, destacando Merle Eisenberg y Lee Mordechai. Han criticado aspectos de las asunciones epidemiológicas de la peste y de su base arqueológica: atribuir brotes aislados coincidentes en el tiempo a la misma ola epidémica, recurrir a modelos alternativos de transmisión⁹ para justificar una interpretación literal de las fuentes, imposición a pequeña escala de fenómenos climáticos suprarregionales... (MORDECHAI y EISENBERG, 2019a; MORDECHAI y EISENBERG, 2019b; MORDECHAI *et al.*, 2019). Elaboraron una tesis «minimalista» de la incidencia de la peste, subrayando el escaso impacto demográfico a medio y largo plazo evidenciado. Aunque muchas de sus objeciones¹⁰ presentaban como epistemológicos problemas metodológicos puntuales, y han sido resueltas,¹¹ han señalado el error de suponer que la peste, solo por ser peste, debió tener efectos catastróficos; esto sería un constructo historiográfico y cultural –el *plague concept*–, que soslaya el papel de la agencia humana en estos fenómenos (MORDECHAI y EISENBERG, 2020; MORDECHAI *et al.*, 2020).

Este asunto sigue sin resolverse. Los avances arqueológicos prometen un conocimiento cada vez mejor de la historia del patógeno. Pero, en un contexto académico en el que esta historia parece separada de la humana, o conectada débil y artificialmente, el diálogo sobre cómo las cambiantes sociedades y estructuras de la Antigüedad tardía asimilaban su presencia sigue sin tener un escenario sólido. Tal vez, investigar los rasgos y evolución de la idea de peste en la sociedad que la vivió sea una solución parcial a este problema.

2. MARCO TEÓRICO, OBJETIVOS, METODOLOGÍA

Por lo tanto, el apoyo en los textos es indispensable para el estudio de estos aspectos de la Peste de Justiniano. Las fuentes escritas transmiten experiencias que iluminan las realidades que presenciaron. ¿Se exageró la mortalidad por razones ideológicas? ¿O la muerte y el terror cambiaron instituciones, economías y mentalidades?¹² Solo mediante las fuentes históricas, y especialmente literarias, podemos responder con seguridad. Pero, al comparar nuestro conocimiento actual de la peste con la forma de los escritores antiguos y medievales de abordarla, descubrimos dos enormes diferencias entre ambas visiones. Primera: a diferencia de nuestra asociación entre una enfermedad y su agente causal –en este caso, entre la peste y la *Y. pestis*–, la medicina anterior a la teoría microbiana no establecía relaciones causales de esta naturaleza. Segunda: la gran mayoría de la medicina antigua concebía las enfermedades, en vez de ontológicamente (como entidades concretas), fisiológicamente (como anomalías corporales). En consecuencia, se preocupaba más por los síntomas visibles, atribuidos a una combinación de factores internos (equilibrio humoral) y externos (clima, dieta). La noción de

⁹ Vid. *supra*, n. 4.

¹⁰ Que ya se hallaban en el grupo de respuestas a la obra de Harper (*vid.* especialmente HALDON *et al.*, 2018).

¹¹ P. ej., respecto a las ratas o a los esqueletos (McCORMICK, 2021: 42, n. 12; 49, n. 37).

¹² Preguntas ya formuladas por McCORMICK (2021: 49).

contagio era infrecuente:¹³ las enfermedades se veían como específicas de los individuos. Esta visión no favorecía la catalogación estricta de enfermedades, lo que dificulta rastrear, en los textos antiguos, la acción de los patógenos modernos (MULHALL, 2019: 154-155). Además, en el caso de los autores cristianos, el registro de catástrofes partía de una cosmovisión establecida en las Escrituras, en la que todos los desastres son parte de la Providencia divina. Las epidemias, también, desempeñan un papel en el gran plan de la salvación, en forma de castigo divino y en forma de señal del Fin de los Tiempos (FERREIRO, 2021: 367-368).

Debido a estas diferencias, intentar hacer sobre las fuentes escritas diagnósticos retrospectivos sería buscar construcciones modernas en sociedades pasadas.¹⁴ Debemos ver, desde una perspectiva socioconstruccionista (*vid.* ARRIZABALAGA, 2001: 53-56), las enfermedades como, sobre todo, constructos humanos resultantes de determinados contextos socioculturales y solamente comprensibles en sus respectivos marcos. Interpretar la peste como constructo social nos lleva a otras preguntas, como qué sacaron de ella las sociedades y cómo se enfrentaron a ella;¹⁵ cómo intentaron mitigar, explicar o resolver los brotes de peste dentro de sus propios sistemas de creencias y normas culturales.¹⁶ Intentar responder a estas preguntas devuelve la agencia humana a la historia de la peste a través de sus consecuencias culturales, y nos aleja de los apriorismos del *plague concept*. Y, en vez de organizar las fuentes en un conjunto de datos estructurado por episodios de peste, lo que puede descontextualizarlas,¹⁷ estas se estudiarán como conjunto literario, lo que, creemos, puede contribuir a responder a dichas cuestiones. El conjunto seleccionado es el de fuentes escritas del occidente latino.¹⁸ De las que parecen contener pasajes sobre la peste, consideramos válidas aquellas que, de acuerdo con los criterios de Biraben y Le Goff, mencionan una enfermedad con calificativos inequívocamente asociables a los síntomas de la peste bubónica.¹⁹ Pero

13 Aunque podamos encontrar ciertos comentarios excepcionales que muestren ideas similares (*vid. infra*).

14 Esto no significa que el diagnóstico retrospectivo no sea útil, pero no debe ser la meta de la investigación.

15 Estas preguntas están íntimamente relacionadas, ya que la respuesta a las epidemias venía dictada por su percepción, y especialmente por la percepción de sus causas. Las epidemias desafiaban la clásica concepción de la enfermedad como desviación individual, requiriendo una explicación colectiva de su origen, lo que supuso un problema para las sociedades pasadas (HAYS, 2007: 33-34).

16 MORDECHAI y EISENBERG (2020: 1665), aunque consideran que esto solo puede llevarse a cabo desde una perspectiva «micro», y no creen válidos testimonios que, de hecho, pueden iluminar estos aspectos.

17 Como ha sido observado por MORDECHAI y EISENBERG (2019a: 14).

18 Esta limitación geográfica encuentra fundamento teórico en la asunción de que la incidencia y difusión de una epidemia se relaciona con el entorno social y físico previo a su aparición, y de que a partir de esta relación podemos comprender mejor sus efectos sociales, políticos y económicos (*vid.* HAYS, 2007: 43). A esto se complementa el hecho de que esta restricción también sucede en buena parte incidentalmente: los autores occidentales tienden a obviar o desconocer los brotes de Oriente. Pero no por ello, por supuesto, debemos ignorar un mundo mediterráneo más amplio en el que la peste puede haber tenido importancia durante el gran período de los ss. I-IX.

19 Los autores diseñaron una metodología basada en los síntomas mostrados en las fuentes, solo aceptando los pasajes que hicieran referencia explícita al síntoma más llamativo e inconfundible de la peste: los bubones (BIRABEN y LE GOFF, 1969: 1490-1491). Esto elimina fuentes aisladas y dudosas, como Beda –a pesar del interesante trabajo de MADDICOTT (2007)–, y nos mantiene en un conjunto más seguro y cohesivo.

también se tendrán en cuenta aquellas que tratan el tema de la peste y que, al no dar nueva información sobre los efectos de brotes concretos o sobre los síntomas, fueron obviadas por Biraben y Le Goff; estas menciones son importantes porque fueron incluidas a veces con una más clara intención argumentativa. El consenso actual ve en la mayoría de estos pasajes la acción de la peste.²⁰

En suma, es esta una perspectiva acotada en cuanto a geografía, cronología e idioma de las fuentes, y, por supuesto, en cuanto a nuestro conocimiento actual del patógeno y su éxito entre las poblaciones posromanas.

3. RESULTADOS. LA PESTE DE JUSTINIANO EN LOS TEXTOS

3.1. Selección de fuentes y testimonios sobre la peste

Aunque la medicina griega comenzó a notificar la existencia de la peste en torno al año 100 d.C. (MULHALL, 2019), no hay evidencia de que causase una gran epidemia antes del 541, con la Peste de Justiniano. Los registros escritos mencionan entre 18 y 35 brotes desde 541 hasta ca. 750, que coinciden con los datos de yacimientos de esta época (McCORMICK, 2021: 44-46). Sus síntomas se reconocían y algunas obras los describen con precisión, aunque no de forma sistemática, sino dando detalles sobre los rasgos visuales o conductuales más llamativos, con frecuencia mediante comparaciones y metáforas. Los autores griegos –destaca Procopio, autor del «texto inaugural» de la pandemia– son muy profusos en sus narraciones. Las fuentes latinas, si bien no son las más abundantes en detalles,²¹ parecen tener una terminología precisa que, a veces, indica que la enfermedad descrita era peste, o coincidía en apariencia con ella (BIRABEN y LE GOFF, 1969: 1491-1492). El objeto de más atención eran los bubones: estas «glándulas», aparecidas, como hemos visto, mayoritariamente en la ingle, causaron que la enfermedad fuera conocida con frecuencia en los escritos latinos mediante adjetivos derivados de *glandolarius* o *inguinalis*.

Las fuentes se han seleccionado y organizado conforme a dos objetivos. El primero, ordenar, no los brotes, sino los registros de peste, en una sucesión cronológica que pueda revelar cambios en el tratamiento del tema a lo largo del tiempo. El segundo, observar estas noticias en el contexto de las obras donde se insertan, partiendo de la hipótesis de que la decisión por parte de cada escritor de incluir la peste en sus páginas no fue arbitraria o movida por la mera recopilación. Dado que algunas de estas obras fueron escritas simultáneamente, es imposible hacer una cronología estricta de los registros sin extraerlos de sus obras, descontextualizarlos e incumplir el segundo objetivo. Por tanto, el orden

20 En los casos en los que se han sugerido en cambio otras enfermedades, se ha considerado testimonio válido aquel que, al menos, indique que el autor sí pensaba que el desastre era causado por la enfermedad inguinal.

21 Aunque sí hay ejemplos: narraciones sobre el sufrimiento de los pacientes, la velocidad de la muerte tras el nacimiento de los bubones (Greg. Tur., *Franc.*, IV, 31), e incluso sobre otras formas clínicas (Greg. Tur., *Franc.*, X, 1) o la posibilidad de sobrevivir (Paul. Diac., *Hist.*, II, 4).

escogido es el de la redacción considerada final de las respectivas obras en las que se insertan. Así, el cuerpo de testimonios lo componen:

- La crónica de Víctor de Tunnuna (*Africa Proconsularis*). Víctor continuó (ca. 568-575) la crónica de Próspero de Aquitania, escribiendo sobre los años 455-567 (CARDELLE DE HARTMANN y COLLINS, 2001: 100*-101*). Escribió que, en el 542, la Tierra entera fue barrida por una epidemia y por cierta «*inguinum percussione*» que acabó con la mayor parte de la gente.²² Puede que hubiera sido testigo, principalmente, de los efectos de la peste en el norte de África (STATHAKOPOULOS, 2004: 290, núm. 114).

- La crónica de Mario, obispo de Avenches (ca. 574-594), que abarca los años 455-581 (vid. MURRAY, 2008a). Menciona tres epidemias ocurridas consecutivamente;²³ la tercera, cierta «*infanda infirmitas, quae glandula, cuius nomen est pustula*»,²⁴ probablemente peste bubónica, que atacó en Italia y Galia.

- Las obras de Gregorio de Tours:²⁵ *De passione et virtutibus sancti Iuliani martyris*, *Vitae patrum*, *In gloria martyrum*, *Gloria confessorum* y las *Historias* (o *Historia Francorum*).²⁶ El obispo merovingio Gregorio de Tours (538-594), detalló en sus obras numerosos brotes de peste, identificada como enfermedad de la ingle. Probablemente tuvo acceso a tratados médicos, pues su vocabulario de la enfermedad es bastante preciso. Empleó términos clásicos genéricos (*infirmitas*, *morbus*, *valetudo*, *languor*, *incommodum*, *aegrotatio*) y específicos (*febris*, *lepra*, *disentericus*, entre otros). Para epidemias usó *morbus* y sobre todo *lues*. En todas estas obras –sobre todo en las *Historias*– hallamos testimonios sobre la peste.

- El libro IV de los *Diálogos sobre los milagros de los padres de Italia* de Gregorio Magno²⁷, una colección didáctica de gestas de santos compuesta en los años 593-594, que aúna el género histórico con el hagiográfico y lo real con lo legendario (MENÉNDEZ, 2013: 113-114). Todos los casos de peste que recoge se dan en el contexto del famoso brote del 590.

22 Vict. Tonn., chron., 130.

23 Datadas en los años 569, 570 y 571.

24 «Una abominable enfermedad, la cual es glandular, cuyo nombre es la pústula» (traducción propia apud STATHAKOPOULOS, 2004: 314, núm. 144). Aparecen más apelativos ligados a *glandula* en otras fuentes (vid. *infra*).

25 Que, en lo tocante a la peste, ya han sido estudiadas recientemente por McCORMICK (2021).

26 Ordenar las obras de Gregorio de Tours es especialmente difícil. Comenzó a escribir ca. 573 (MURRAY, 2008b: 162). Compuso la *Passio et virtutes s. Iuliani* en 580-585 (VAN DAM, 1993: 162-163). Hizo el grueso de las *Vitae Patrum* antes de 587 (HERRERA, 2013: XLVI-XLVII), aunque el c. XVII, quizá, en 591-592 (JAMES, 2007: 105-110). Compuso la *Gloria martyrum* principalmente en 585-588, pero con añadidos hasta el 591 (VAN DAM, 2004a: XII. HERRERA, 2013: XXXIX ss.) sitúa la redacción en 587-590). Parece que su muerte interrumpió la finalización de la *Gloria confessorum*, pero en general parece haberla escrito a lo largo de su episcopado con un período destacado de redacción y revisión en torno al 588 (VAN DAM, 2004b: XII). Es posible que los libros I-IV de las *Historias* fueran escritos más tempranamente, pero, como el resto de sus obras, fueron sometidos a revisión constante, y es probable que todos los libros de *Historias* fueran compuestos en 585-594 (MURRAY, 2008b: 194-196).

27 El libro IV de los *Diálogos* difiere de los otros tres en temas, propósito y estructura (GALÁN, 2012: 272-274). Puesto que, además, es el único que refiere inequívocamente a la peste, solo hemos analizado este, para que el contexto de las referencias sea más uniforme.

- Tres de las cartas de Gregorio Magno²⁸. La primera (591-592) insta, al saber de una gran mortalidad en Narni, a su obispo Prejeto a seguir predicando a romanos y lombardos, especialmente paganos y herejes, para que se conviertan y no mueran, o, si mueren, sean perdonados.²⁹ La segunda (599), dirigida a Venancio y a su esposa Itálica,³⁰ explica que, en las ciudades vecinas a Roma, en África y, especialmente, en el este, hay gran mortalidad y desolación, ante lo cual el único recurso es la piedad. La última, escrita a Dominico, obispo de Cartago,³¹ habla de cómo esta situación continúa en África y en Italia. En las tres epístolas vemos constantes referencias al Juicio Final, al castigo divino y a la posibilidad de redención.

- La crónica de Juan de Biclaro, que extendió (en torno al 601-602) la crónica de Víctor de Tunnuna hasta el 589. Es considerado un autor muy fiable (MARTÍN-IGLESIAS, 2010a: 56-59). Durante su tiempo en Constantinopla (570/571-577/578) parece haber presenciado cómo «En la ciudad regia, estalló la mortalidad de la plaga inguinal [*mortalitas inguinalis plagae*], bajo la cual vimos perecer a muchos miles de hombres».³²

- Adicionalmente, la llamada *Chronica* o *Consularia Caesaraugustana* (ss. VII-VIII), de autor incierto (JIMÉNEZ, 2007: 347-351), es una serie de 35 anotaciones sobre las crónicas de Víctor de Tunnuna y Juan de Biclaro. Entre estas, una refiere a la peste:³³ alude al estallido inicial de la pandemia –sin una cronología clara, pero probablemente en 542-543³⁴–, diciendo que «En estos días, la *inguinalis plaga* consumió casi toda Hispania».³⁵

- La carta del obispo Galo de Clermont al obispo Desiderio de Cahors, escrita entre 630-655. En ella, Galo comunica a Desiderio que un mensajero ha llegado desde Marsella avisando de que la Provenza está siendo devastada por la peste.³⁶

28 Aunque el propio papa compiló su *Registrum epistolarum*, las cartas tienen distintos destinatarios, temas y objetivos; no hay motivo para considerarlo un conjunto uniforme.

29 Greg. M., *epist.*, II, 2. BIRABEN y LE GOFF (1969) no incluyeron esta carta en su catálogo (quizá por la vaguedad de la referencia), pero sí las otras dos. STATHAKOPOULOS (2004: 323, núm. 154; 333, núm. 163), incluye las tres. Además, Pablo Diácono parece registrar el brote atestado en la primera (Paul. Diac., *Hist.*, IV, 4). Teniendo en cuenta, pues, la gran extensión de la epidemia en Italia en ese momento y lo reciente del episodio en Roma, parece claro que ambos interlocutores sabrían de qué tipo de «mortalidad» se estaba hablando.

30 Greg. M., *epist.*, IX, 232.

31 Greg. M., *epist.*, X, 20.

32 Traducción propia.

33 Si aceptamos la teoría de que el propio Juan de Biclaro pudo hacer estas anotaciones a modo de revisiones (CARDELLE DE HARTMANN y COLLINS, 2001: 123*-124*, 132*), las noticias de ambas crónicas habrían sido insertas por el mismo autor y, por tanto, cumplirían la misma función discursiva.

34 KULIKOWSKI (2007: 150) piensa que posiblemente sucedió antes del final de la temporada de navegación del 542, debido a los lazos comerciales del levante hispano.

35 Traducción de JIMÉNEZ (2007: 366). Por sugerir que la peste llegó tan inmediatamente a Hispania, y por atribuir sus efectos a toda la península en unas anotaciones que, por lo demás, se centran en los hechos locales, ARCE (1997: 35), desestima esta noticia como exageración o extrapolación de la entrada de la crónica de Víctor de Tunnuna sobre la peste, a la que está adjunta.

36 Desid. Cad., *epist.*, II, 20. «Dum tales nuntius de clade a Massilia venit». Es cierto que no habla explícitamente de la peste inguinal, pero dada la situación en Marsella que había narrado Gregorio de Tours, parece que ambos interlocutores sabrían que se hablaba de esta enfermedad. Incluyeron este testimonio en su catálogo BIRABEN y LE GOFF (1969: 1497).

Ante esto, le aconseja poner guardias en torno a Cahors para que nadie salga e introduzca, al volver a la ciudad, el morbo. Explica que las regiones vecinas a Clermont ya lo han hecho, prohibiendo entrar a los comerciantes.

- La llamada «Crónica de Fredegario». Si bien la atribución más temprana a un autor llamado Fredegario es del s. XVI, el consenso actual es que esta obra la escribió un único autor *ca.* 658. Se presenta en cuatro libros: los libros I-III se basan en obras de autores anteriores, y el libro IV contiene la crónica original, que abarca los años 584-642 (aludiendo a eventos de hasta el 658) (DEVILLERS y MEYERS, 2001: 7-11, 18; GOFFART, 1963: 206, 234-241). En este, hallamos una referencia a la peste. Narra que, en el año 599, entre otros prodigios, «en Marsella y otras ciudades de la Provenza, una *cladis glandolaria* causó grandes estragos». ³⁷

- Cuatro sermones sobre la peste insertos en un homiliario toledano de la segunda mitad del s. VII, ³⁸ que describen su llegada y las acciones que los cristianos deben tomar frente a ella. En el primero, se informa de que la peste inguinal se aproxima y ya está cerca, despoblando «*terrae nostrae*» y cerca de «*nostris finibus*». Esta ira divina, provocada por los pecados de la población, debe aplacarse con penitencia y oración, para poder rogar a Dios que aparte la «espada» de la peste. El segundo predica la auténtica conversión para evitar el golpe de la enfermedad. El tercero, al criticar que se tema tanto específicamente al *inguinalis morbus*, muestra la conciencia de unicidad de esta enfermedad que existía entre su público, y el terror que sembraba. El cuarto, que insiste en este terror, está escrito para un público que ya está sufriendo la enfermedad: el único remedio restante es la penitencia.

- La *Crónica mozárabe del 754* (*vid.* MARTÍN-IGLESIAS, 2010b; GONZÁLEZ, 2018). Registra que, reinando Égica (687-702), «se extendió sin piedad una peste [*plaga*] inguinal [*inuinalis*]». ³⁹ Este brote podría haber sido seguido por otro rápidamente. Una fuente árabe, el *Akhbar Majmu'a*, registra –si bien ya en el s. XI– que la peste y el hambre destruyeron la mitad de la población del reino entre 707 y 709. ⁴⁰

- La *Historia Langobardorum*, escrita a finales del s. VIII por Pablo Diácono, retirado en el monasterio de Montecasino tras su estancia en la corte de Carlomagno. Se trata de una memoria histórica de los longobardos tras el fin de su reino, destacando cómo adoptaron el catolicismo y crearon una «conciencia nacional» apoyada en este credo. La perspectiva moralista y cristiana guía todo el desarrollo de la obra. Al tema central, los acontecimientos clave del pueblo longobardo, Pablo añadió elementos ajenos (leyendas, excursos etnográfico-geográficos, narraciones

³⁷ Traducción propia a partir de DEVILLERS y MEYERS, 2001: 81.

³⁸ *Vid.* GRÉGOIRE (1966); y KULIKOWSKI (2007), que incluye también una traducción.

³⁹ Traducción de LÓPEZ, 1980: 59. El autor conocía las actas de los concilios visigodos (MARTÍN-IGLESIAS, 2010b: 249), y pudo saber de este brote por las de Toledo XVI (693) (LÓPEZ, 1980: 59, n. 1), en cuya confirmación Égica afirmó que los obispos narbonenses no habían podido viajar a Toledo debido a la peste. En Toledo XVII (694), además, Égica indicó que las invasiones y la peste habían despoblado esta región (KULIKOWSKI, 2007: 153-154).

⁴⁰ Si aceptamos el testimonio de la *Crónica*, con los de Gregorio de Tours, los concilios visigodos, los sermones y el *Akhbar Majmu'a*, parecería que la peste era endémica en la península. Pero para ello se habría requerido mayor densidad de población que la de la Hispania del s. VII; los brotes dependerían, pues, de las constantes reintroducciones infecciosas desde fuera de la Península (KULIKOWSKI, 2007: 153-155).

de prodigios y desastres, reproducciones de otros documentos...) (MENÉNDEZ, 2012: 219-221). Aunque es difícil saber de qué fuente concreta extrajo cada dato,⁴¹ reprodujo muchos materiales respetuosa o casi literalmente, aunque reelaboró las fuentes más negativas para su pueblo, e incluyó comentarios que reforzaran sus tesis (HERRERA, 2006: 37).

De esta forma, podemos observar, ordenadas⁴², las menciones a casos de peste⁴³ contenidas en cada una de estas fuentes (Tabla 1).

Tabla 1
Apariciones de la peste en las fuentes escritas

Acontecimiento y episodios clave en torno	Designación	Fuente
Toda la Tierra. 542. La peste mata a la mayoría de la gente.	<i>Inguinum percussione</i>	Vict. Tonn., <i>chron.</i> , 130
Italia, Galia. ¿571? Una enfermedad ataca a «innumerables personas». Dos epidemias más en años previos.	« <i>Infirmitas, quae glandula, cuius nomen est pustula</i> »	Mar. Avent., <i>chron.</i>
Galia. 571. La peste arrasa Clermont. Gregorio admite que él, como muchos, huyó. Uno de sus esclavos contrae la peste. Sus compañeros recurren a un adivino, y muere. Cuando otro se contagia, Gregorio ordena darle un elixir del polvo de la tumba del mártir Julián, y vive.	« <i>Lues quam inguinariam vocant</i> ». Morbo. <i>Incommodo</i> .	Greg. Tur., <i>lul.</i> , XLVI (vid. Franc., IV, 31)
Galia, sobre todo Arlés. 543-547. La peste se extiende por « <i>diversas regiones</i> ». Clermont se salva por su obispo Galo (que funda, por revelación angelical, una procesión a pie de 72 km, a realizar anualmente en Cuaresma), y no sufre peste hasta morir él.	« <i>Lues illa quam inguinariam vocant</i> ». <i>Infirmitas. Strages. Lues</i> .	Greg. Tur., <i>vit. patr.</i> , VI, 6 (vid. Franc., IV, 5; <i>glor. mart.</i> , L)
Galia, 571. Durante el brote del 571, Satanás, disfrazado de san Martín, engaña a una mujer: ofrece salvar a la población a cambio de regalos. Pero es descubierto.	« <i>Luem illam inguinariam</i> »	Greg. Tur., <i>vit. patr.</i> , IX, 2 (vid. Franc., IV, 31)
Galia, Tréveris. ¿543-547? Niccio, obispo de Tréveris, ruega el fin de la peste. Esa noche, trueno sobre el puente del río y los demonios atacan la urbe, pero ven que la muralla es infranqueable. Nadie más muere.	<i>Lues (inguinaria). Morbus</i>	Greg. Tur., <i>vit. patr.</i> , XVII, 4
Galia, Clermont. 543-547. La peste hace estragos y se acerca a Clermont. La madre de Gregorio deduce, por una visión en la que el vino de su bodega se transforma en sangre, que su casa será marcada para la muerte. Tras una vigilia en honor a Benigno, mártir, logra evitarlo.	<i>Lues (inguinaria). Plaga (2)</i>	Greg. Tur., <i>glor. mart.</i> , L

41 En Montecasino, accedió a escritos históricos, eruditos, técnicos y poéticos, e incluso manejó relatos, leyendas, poemas orales y datos «científicos» que aprendió a lo largo de su vida (HERRERA, 2006: 16-18, 31-33).

42 De acuerdo con la metodología ya descrita, el orden escogido es el de la puesta por escrito de estos relatos.

43 Se han omitido los adjetivos genéricos empleados para designar al enfermo de peste: (*aegrotus, infirmus*).

Acontecimiento y episodios clave en torno	Designación	Fuente
Germania Prima, Reims. ¿543-547? Remigio defiende póstumamente su sede, Reims. La población ⁴⁴ decide emplear una defensa «aún más efectiva» que las murallas: una reliquia de Remigio. Con ella, hacen una procesión en torno a Reims. Cuando llega la peste, no logra sobrepasar el camino trazado por la procesión.	<i>Lues (inguinaria). Clades. Lues</i>	Greg. Tur., <i>glor. conf.</i> , LXXVIII
Galia, sobre todo Arlés. 543-547. Repetición del relato de Galo, pero añade un detalle más: surgen marcas en casas e iglesias, que los ignorantes (<i>rustici</i>) confunden con la <i>tau</i> pintada en la frente de los eximidos del castigo divino (Ez., 9, 4).	<i>Lues (inguinaria). Infirmitas. Strages. Lues</i>	Greg. Tur., <i>Franc.</i> , IV, 5 (<i>vid., vit. patr.</i> , VI, 6; <i>glor. mart.</i> , L)
Galia, zona del Ródano. Marzo, 571. Presagios previos: resplandores celestes, que los <i>rustici</i> confunden con soles; un cometa brilla durante un año, semejante a una espada en el cielo, y más. Gregorio describe síntomas claros de peste bubónica. Los muertos ascienden a 300/día. Al faltar ataúdes, se usan fosas comunes. Muchos huyen de Clermont, como el obispo Cautino (aunque más tarde vuelve y muere allí). Catón (presbítero) se queda, oficiando exequias hasta morir él también: Gregorio le elogia por ello. El presbítero Julián muere en esta época.	<i>Clades (3) (bubón: «nascente in inguene aut in ascella vulnus»). Lues (2). Infirmitas</i>	Greg. Tur., <i>Franc.</i> , IV, 31-32 (<i>vid. Franc.</i> V, 23)
Mención al mismo brote. Reitera que los <i>rustici</i> llaman soles a los resplandores.	<i>Clades</i>	Greg. Tur., <i>Franc.</i> V, 23
Narbona (reino visigodo), ¿Nantes? Peste inguinal y epidemias de «pústulas». Gran mortalidad, muchos huyen. Félix, obispo de Nantes, muere, tras aplicársele una fuerte cataplasma.	<i>«Inguinarium morbum». Valitudo. Incommodum</i>	Greg. Tur., <i>Franc.</i> , VI, 14-15
Reino visigodo (Carpetania, Narbona), Albi. 584. Los que habían huido de Narbona, al volver, caen por la epidemia. Plagas de langostas y guerra civil en el reino visigodo, y fenómenos celestes.	<i>Lues. Morbus. Incommodum</i>	Greg. Tur., <i>Franc.</i> , VI, 33
Albi. 584. Ante la peste, muchos mueren (o huyen). El obispo Salvio no se marcha, y anima a los que quedan a rezar y ser piadosos. Al ser consciente de la cercanía de su propia muerte, él mismo prepara su ataúd.	<i>Morbus (inguinarius)</i>	Greg. Tur., <i>Franc.</i> , VII, 1
Mención a la peste de Marsella en la capitulación de las <i>Historias</i> .	<i>Lues</i>	Greg. Tur., <i>Franc.</i> IX
Lion. 588. Gregorio recoge un relato para probar la santidad del rey Gontrán, «obispo del Señor»: al llegar noticias de peste, creó rogativas, ayunos, viglias y limosnas para pararla. Es implícito que tuvo éxito.	<i>Lues (inguinaria). Morbus</i>	Greg. Tur., <i>Franc.</i> , IX, 21

⁴⁴ Es curioso que la defensa se atribuya al *populus* anónimo, sin mencionar un obispo vivo en Reims. Quizá Gregorio no lo conocía o no quería nombrarlo (McCORMICK, 2021: 51).

Acontecimiento y episodios clave en torno	Designación	Fuente
Marsella. 588. No estando allí su obispo Teodoro, un barco hispano lleva la peste, ⁴⁵ que arrasa cual «incendio». ⁴⁶ Teodoro vuelve, pero se refugia en una basílica. Muchos huyen, pero, al volver tras dos meses, la peste estalla de nuevo. Se insintía que Marsella vivió después más brotes.	<i>Contagium</i> (2). <i>Morbus</i> (3). <i>Lues. Strages. Plaga</i>	Greg. Tur., Franc., IX, 22
Roma. Enero, 590. Presagio: riada del Tíber. La peste mata al papa Pelagio. Para Gregorio, es prueba de castigo divino (Ez., 9, 4). Lo reemplaza Gregorio Magno. Gregorio de Tours incluye la homilía del nuevo papa: organiza una letanía septiforme para parar la peste. Durante la misma, hasta 80 mueren en solo una hora.	« <i>Clades, quam inguinariam vocant</i> ». <i>Lues. Langor</i> (2)	Greg. Tur., Franc., X, 1
Viviers, Aviñón. 590. Tras unos prodigios celestiales y atmosféricos, La peste ataca «duramente». ¿Relacionado con los brotes de Marsella?	<i>Lues [inguinaria]</i>	Greg. Tur., Franc., X, 23
Provenza. 591. La «plaga tantas veces mencionada» ataca. Un individuo declara ser Cristo, engañando a «ignorantes» (<i>rustici</i>) e incluso a sacerdotes. Gregorio menciona más falsos cristos en la Galia, y recuerda la profecía evangélica del fin del mundo: pestes, falsos cristos, prodigios celestes para confundir a los justos (Mt. 24, 7; Mc. 13, 22).	<i>Morbus saepe nominatus</i>	Greg. Tur., Franc., X, 25
Roma. 590. Un niño blasfemo enferma. Incorregible, muere irredento	<i>Mortalitas</i>	Greg. M., dial., IV, 19
Portus. 590. Todos los que habían sido bautizados durante la Pascua mueren. Gregorio dice recibir esta noticia del obispo de Portus, Félix. Lo interpreta como decisión divina de que pasasen ya a la vida eterna.	<i>Mortalitas. Clades</i>	Greg. M., dial., IV, 27
Roma, ca. 590. Un soldado enfermo tiene una visión: cierto Esteban, muerto en el tiempo en el que «vimos con nuestros ojos corpóreos flechas caer del cielo y golpear a cada víctima», se debate entre Cielo e Infierno.	<i>Pestilentia</i>	Greg. M., dial., IV, 37
Roma. Julio, 590. Cierta Teodoro se contagia. Iba a ser condenado al fuego eterno, pero las oraciones de sus allegados lograron salvarlo. ⁴⁷	<i>Pestilentia</i>	Greg. M., dial., IV, 40
Narni. 591-592. Carta de Gregorio Magno a Praiecticius.	<i>Mortalitas</i>	Greg. M., epist., II, 2
Italia, África. 599. Carta de Gregorio Magno a Venancio e Itálica.	<i>Mortalitas. Mortalitate et languoribus</i>	Greg. M., epist., IX, 232
Italia, África. 600. Carta de Gregorio Magno a Dominico.	<i>Lues. Clades. Pestilentia. Infirmis</i>	Greg. M., epist., X, 20
Constantinopla. 571. Miles caen por la «mortalidad de la plaga inguinal». Supuestamente, Juan de Biclaro es testigo.	<i>Mortalitas inguinalis plagrae</i>	Ioh. Bicl., chron.
Hispania. ¿542-543? La peste consume «casi toda Hispania».	<i>Inguinalis plaga</i>	Chron. Caesaraug.

45 Gregorio no parece ver esto como casualidad (McCORMICK, 2021: 83), sobre todo cuando afirma que Teodoro se había ido para hacer una acusación (ilícita) ante Childeberto, abandonando su deber episcopal.

46 La peste no ataca de inmediato; se ve el período de latencia (McCORMICK, 2021: 85).

47 Gregorio repite esta historia, con variaciones, en dos homilías (Greg. M., in euang., XIX, XXXVIII).

Acontecimiento y episodios clave en torno	Designación	Fuente
Provenza. 630-655. Carta de Galo de Clermont a Desiderio.	<i>Clades. Malum</i>	Desid. Cad., <i>epist.</i> , II, 20
Provenza. 599. La peste ataca Marsella y otras ciudades.	<i>Cladis glandolaria</i>	Fredeg., <i>chron.</i>
Hispania. S. VII. Sermones <i>de clade</i> . Muy ricos en vocabulario. Emplean, directa e indirectamente: <i>calamitas</i> (2), <i>mucro pestilentiae</i> , <i>pestilentia</i> (3), <i>plaga</i> (10) [<i>pestilentiae inguinalis</i> (1)], <i>morbus</i> (4) [<i>inguinalis</i> (1)], <i>lues</i> (2) [<i>plagae</i> (1)], <i>clades</i> , <i>pestilentiöse mortis</i> , <i>stimulum</i> (2) [<i>inguinalis</i> (1) / <i>inguinalis plagae</i> (1)], <i>pestis</i> .		<i>Hom. Tol.</i>
Hispania. Ss. VII-VIII. La peste domina el reino visigodo.	<i>Plaga (...) inuinalis</i>	<i>Chron. muz.</i>
Italia, sobre todo Liguria. 565-571. Surgen marcas en casas, vajillas y vestiduras. Tras un año, la gente empieza a tener bubones y fiebre, muriendo rápido. Muchos huyen. Los lugares públicos se vacían, quedando los cuerpos insepultos. Curiosamente, Pablo dice que la peste solo atacó a los «romanos».	<i>Maxima pestilentia. (bubón: «nasci in inguinibus (...) glandulae»). Malum</i>	Paul. Diac., <i>Hist.</i> , II, 4 (<i>vid. Hist.</i> , II, 26)
Según Pablo Diácono, esta peste facilitó la toma lombarda de Italia.	<i>Pestilentia</i>	Paul. Diac., <i>Hist.</i> , II, 26
Roma. 590. Informe de la peste en Roma, tomado de Gregorio de Tours. Los lombardos sufrieron un diluvio simultáneo a la riada del Tíber.	« <i>Gravissima pestilentia, quam inguinariam appellant</i> »	Paul. Diac., <i>Hist.</i> , III, 24
Rávena, Grado, Istria. 591. Peste inguinal muy grave, «igual que la que había habido hacía treinta años». Sequías, carestía, guerras entre los francos. Invierno muy frío. Prodigios: aparece sangre en ciertas regiones.	<i>Pestis (inguinaria)</i>	Paul. Diac., <i>Hist.</i> , IV, 4
Rávena, costa. 598. La peste arrasa. Al año siguiente, una fuerte <i>mortalitas</i> azota la Verona lombarda. ⁴⁸ Señales sangrientas en el cielo. ⁴⁹	<i>Pestis gravissima</i>	Paul. Diac., <i>Hist.</i> , IV, 14-15
Italia. 676/678. Una peste originaria de oriente hizo estragos «entre el pueblo romano». ⁵⁰ Previa visión de un cometa, también desde oriente.	<i>Gravis pestilentia</i>	Paul. Diac., <i>Hist.</i> , V, 31
Roma, Pavia. Verano, 680. Gran mortandad. En Pavia, la gente huye. Después, «un ángel bueno y uno malo andaban de noche por la ciudad y, cuantas veces el ángel malo, que llevaba en la mano un venablo, golpeaba con éste la puerta de cualquier casa por orden del ángel bueno, otras tantas personas de dicha casa morían al día siguiente». Esta situación se detuvo al erigirse un altar a san Sebastián. Roma envía reliquias del santo a Pavia, consumando las relaciones entre el papado y los lombardos.	<i>Gravissima pestis. Pestilentia. Pestis</i> (2)	Paul. Diac., <i>Hist.</i> , VI, 5

48 BIRABEN y LE GOFF (1969: 1496) hallaron dudosa esta mención. STATHAKOPOULOS (2004: 333-334) cree que Pablo sí se refería a peste bubónica, al menos en Rávena, en vista de los testimonios previos.

49 GOFFART (1988: 400) cree que Pablo las vinculó a la guerra civil franca, pero su obra sitúa la peste, la sangre y la guerra en la misma «época» –al estilo de datación laxa de Pablo– por lo que la asociación alterna es posible.

50 STATHAKOPOULOS (2004: 358, n. 190) pone en duda que sea peste bubónica. HARPER (2019) y BIRABEN y LE GOFF (1969) tampoco lo contemplan, pero MENÉNDEZ (2012) sí lo incluye entre los casos de peste.

3.2. Interpretación

Primeramente, observamos que el peso de las distintas exposiciones de la peste en el corpus está distribuido desigualmente tanto entre obras como en cada obra, pero de esta distribución no puede inferirse la importancia que se le concedía a este tema (HAYS, 2007: 35-36). También, todos los textos están compuestos por una selecta élite, por lo que, además de señalar las claras respuestas y reflexiones «desde arriba», debemos comprobar si es posible interpretar actitudes «desde abajo».

Gregorio de Tours, con frecuencia, empleó relatos de peste para justificar su ideología y exhortar a sus oyentes a abandonar la impiedad (MORDECHAI y EISENBERG, 2019a: 11-12). Pero ello no necesariamente invalida su testimonio o hace imposible que considerase que los brotes de peste eran graves (McCORMICK, 2021: 41). En la concepción de Gregorio de los acontecimientos históricos, Dios está a cargo de todos los fenómenos de la naturaleza; su intervención no es «extraordinaria» cuando envía sobre los hombres un desastre (GOFFART, 1988: 187-188). Ante el pecado, Dios castiga a los pecadores y hace sobresalir el poder de los hombres santos, que logran detener el avance del morbo, confirmando la verdad de la religión e instituciones cristianas (McCORMICK, 2021: 51). Al defender esta tesis, Gregorio revela mucho sobre las actitudes coetáneas frente a la peste. Estos elementos no siempre son claros,⁵¹ pero de sus manipulaciones, menores y personales,⁵² no dependen ni la precisión de los hechos narrados ni la concepción de la enfermedad, sus causas y sus efectos, especialmente en cuanto a reflejada en las reacciones de los personajes de sus obras o contada a Gregorio por otros informadores. Una situación similar refleja Pablo Diácono. La peste, siempre voluntad divina, busca forzar la buena conducta de los hombres a modo de «advertencia» o forzar la comprensión mutua en una especie de «purificación» colectiva. En sus alusiones a conjunciones de catástrofes puede haber *topoi*, pero hay evidencia de que pudieron tener una base real, y, en sus relatos de peste, si bien podemos encontrar la huella de otras patologías (MENÉNDEZ, 2012: 226-228), vemos un tratamiento uniforme, que revela una concepción unitaria. En los *Diálogos* de Gregorio Magno, es cierto que las anécdotas tan ricas en revelaciones o alucinaciones podrían ser tópicos literarios de asimilación a castigos bíblicos, pero parecen basadas en enfermedades reales (MENÉNDEZ, 2013: 147). Y, aunque los síntomas puedan a veces sugerir otras dolencias (MENÉNDEZ, 2013: 122), no hay duda de que Gregorio los atribuye a la peste y, de forma muy precisa, al brote del 590. Independientemente de la enfermedad real detrás de estas historias, para Gregorio, sus informantes⁵³ y, probablemente, su público, estas eran historias de peste. Finalmente, la existencia de los sermones *de clade* sugiere, como ya hemos visto en otras fuentes, una presencia constante de la peste. Es difícil saber si son

51 Gregorio revisó, pero nunca terminó ni las *Historias* ni la mayoría de sus trabajos hagiográficos, y a veces la puesta por escrito de los hechos es muy posterior a su acontecer (McCORMICK, 2021: 51).

52 P. ej., ocultar en las *Historias* que él también huyó de la peste, algo «poco heroico» (McCORMICK, 2021: 91).

53 Como Félix, obispo de Portus (Greg. M., *dial.*, IV, 27).

fruto de un único brote y se incluyeron en el homiliario por razones literarias y recopilatorias, pero los homilarios siempre tienen un fin utilitario, y es probable que el compilador los recogiese en un contexto en el que podían ser útiles en cualquier momento (KULIKOWSKI, 2007: 156).

En definitiva, el examen individual de las fuentes indica –y esto es especialmente importante debido al gran volumen de las obras de Gregorio de Tours– que el tratamiento de esta enfermedad en las fuentes contemporáneas no depende tanto de los intereses particulares de los autores como del sistema sociocultural en el que se insertan. Lo que puede encontrar más fundamento en las peculiaridades semánticas de nuestras fuentes. En este aspecto, destacan en primer lugar tres temas en las fuentes, vinculados a los relatos de peste:

- El primero, la corrección. Gregorio de Tours argumenta que la historia de los esclavos que contrajeron el morbo (de los cuales, recordemos, uno fue infructuosamente asistido por un adivino mientras que el otro fue curado por acción milagrosa) corrige a los no creyentes.⁵⁴ Gregorio Magno, en su homilía del 590, sostiene que, para rogar a Dios el fin del desastre, quien lo haga ha de corregirse de su maldad. Más adelante, añade que, para la rogativa, los romanos tendrían que marchar corregidos de sus obras. En la historia del niño que blasfemaba y murió por la peste, Gregorio Magno muestra que esto sucedió porque el padre no corrigió al niño. De hecho, la víctima no «aprende» del sufrimiento causado por la enfermedad y sigue blasfemando hasta morir. También en los *Diálogos*, sostiene que Esteban se debatía, tras su muerte por esta enfermedad, entre el cielo y el infierno por no haberse corregido del todo.⁵⁵ Finalmente, el segundo de los sermones *de clade* afirma que Dios no desea castigar o destruir a los ciudadanos, sino corregirlos con el terror.

- El segundo tema, que sobresale en las *Historias* de Gregorio de Tours, es el referente a la *rusticitas*. De unos 17 derivados de *rusticus* que aparecen en la obra (Tabla 2), 9 están en las inmediaciones de una referencia a la peste. Y, en general, pueden verse tres patrones en el uso de este término. El primero, no vinculado a historias de peste, da a *rusticus* el significado de «tosco», y se refiere al estilo de Gregorio, en una profesión de humildad del autor. El segundo se relaciona tres veces con la peste y una con cierta epidemia de «disentería»; en el último caso, los *rustici*, «ignorantes», malinterpretan los síntomas. En los otros tres,⁵⁶ los *rustici* malinterpretan los prodigios previos a la explosión epidémica. De aquí se intuye el terror que los fenómenos estelares provocaban, incrementado cuando la peste los seguía. Para Gregorio, recordemos, toda la naturaleza estaba ordenada por Dios; la gente no tenía tales expectativas, exhibiendo un miedo fruto de la falta de confianza en el cosmos (MARASCHI, 2018: 307). Y un tercer patrón destaca. También en capítulos cercanos a las exposiciones de peste, los *rustici* aparecen como infieles: paganos en una ocasión, seguidores de falsos cristos en tres.⁵⁷ Gregorio

54 Greg. Tur., *Iul.*, XLVI.

55 Greg. Tur., *Franc.*, X, 1; Greg. M., *dial.*, IV, 19; Greg. M., *dial.*, IV, 37.

56 Greg. Tur., *Franc.*, IV, 5; IV, 31; V, 23.

57 En adición, *rusticus* se utiliza una vez para describir el lenguaje tosco de un falso cristo (Tabla 2).

recuerda de nuevo la profecía de la aparición de falsos cristos y epidemias en los últimos tiempos. La peste sirve a Gregorio de refutación de estos profetas: al individuo de Bourges que curaba, probablemente de peste –pues la peste se menciona justo antes–, a los enfermos, primero los ignorantes le ofrecen regalos, pero finalmente es ejecutado y sus embustes descubiertos.⁵⁸ Por tanto, los *rustici* son ignorantes cuyos errores sobresalen en circunstancias de peste: sumergidos aún en el paganismo, seguidores de pseudoprofetas e incapaces de comprender las señales divinas, están vinculados a la heterodoxia religiosa. En, al menos, cuatro ocasiones, esta heterodoxia está directamente desencadenada por la peste o por los prodigios que la preceden. En otra, Gregorio cita el pasaje profético que anuncia la aparición de enfermedades. En la denuncia del obispo Gregorio a los *rustici*, vemos un escenario donde la explosión de la enfermedad inguinal crea confusión religiosa y desencadena profesiones de piedad popular no controladas. Gregorio no confía en el *populus*; la respuesta religiosa tiene que ser dirigida por el obispo. Incluso cuando el *populus* es el que detiene la enfermedad, es gracias a su difunto obispo.⁵⁹

- El tercer tema es la evasión. Lo hallamos en las narraciones de habitantes de ciudades huyendo ante la llegada de la peste.⁶⁰ Pero también en los sermones *de clade*, en los que se habla de «evadir» la muerte antes incluso de que llegue a la ciudad. Su autor no solo tiene en mente el aplacamiento de la ira divina mediante la penitencia; en el contexto de los sermones, se está dando por supuesto que la gente huye de la ciudad cuando la peste se acerca. Ante esto, se predica la inutilidad de la huida. Esto ya lo había defendido Gregorio de Tours al hablar de los marseleses que volvieron a contagiarse cuando regresaron, y podemos encontrar una respuesta similar en la misiva de Gregorio II a Bonifacio en el 726 (LITTLE, 2007b: 27): huir es absurdo, pues nadie puede escapar de la mano de Dios. De nuevo, se nos muestra a los líderes religiosos intentando mantener unidas a sus comunidades en escenarios donde parecen desmoronarse.

Tabla 2
Rusticus en las Historias de Gregorio de Tours

Ubicación	Connotación ⁶¹	Relativo a:
Prefacio	«Tosco»	Estilo de Gregorio
III, 14	«Ignorante»	La <i>rustica multitudo</i> que sigue a Munderico
III, 29	«Individuo»	Cierto <i>rusticus</i> , habitante de Zaragoza
IV, 5	«Ignorante»	Prodigios, peste
IV, 31	«Ignorante»	Prodigios, peste
V, 6	«Tosco»	Estilo de Gregorio
V, 23	«Ignorante»	Prodigios, peste
V, 34	«Ignorante»	Cierta epidemia

58 Greg. Tur., *Franc*, IX, 6; X, 25.

59 Greg. Tur., *glor. conf.*, LXXVIII.

60 Greg. Tur., *Franc*, IV, 31; VII, 1; IX, 22. Paul. Diac., *Hist.*, II, 4; VI, 5.

61 Acorde a las respectivas traducciones dadas por HERRERA (2013).

VIII, 15	«Ignorante»	Un pagano de mente <i>rustica</i>
VIII, 28	«Aldeano»	Unos <i>rusticis</i> , siervos de Leovigildo
IX, 6	«Ignorante»	Seguidores de falso cristo
IX, 6	«Tosco»	Lenguaje de falso cristo
IX, 6	«Mujerzuela»	Seguidores de falso cristo
IX, 6	«Ignorante»	Víctimas de falsos cristos
X, 25	«Ignorante»	Seguidores de falsos cristos
X, 31	«Tosco»	Estilo de Gregorio
X, 31	«Tosco»	Estilo de Gregorio

Y, en segundo lugar, hay ciertos patrones en las propias designaciones de la peste. Los vocablos que la definen oscilan entre *infirmitas*, *strages*, *valetudo*, *incommodum*, *contagium*, *lues*, *morbus*, *clades*, *langor*, *mortalitas*, *percussio*, *calamitatis*, *malum*, *plaga*, *pestilentia* o *pestis*. Muchos de ellos son términos genéricos aplicables a fenómenos más diversos que, en muchas obras, superan las mismas menciones a la peste bubónica.⁶² Otros, solo refieren a peste en casos de metonimia.⁶³ Y, del distinto uso de estos términos en las fuentes y a lo largo del tiempo (Gráfico 1), pueden extraerse valiosos datos. Usan *lues* para referirse a la peste el turonense (17 veces), las cartas de Gregorio Magno (1) y los sermones *de clade* (2), muy ricos en vocabulario.⁶⁴ Similar es *morbus*, empleado por Gregorio de Tours y en los sermones. Ambos términos suelen acompañarse de oraciones subordinadas que aclaran de qué enfermedad se habla (p. ej., «*quam inguinarium vocant*»). En cuanto a *clades*, vemos que diversos autores (Gregorio de Tours, Gregorio I, Galo de Clermont, Fredegario y el predicador toledano) lo usan para referirse a la peste entre finales del s. VI y durante el s. VII, también junto a otros vocablos (*glandolarius*, *inguinarius*). Pero su asociación con la peste bubónica parece desaparecer en la *Crónica mozárabe* y la *Historia de los longobardos*, obras que no por ello dejan de dar otros usos al término.⁶⁵ El término *plaga*, de inspiración bíblica (PINO y HERNÁNDEZ, 2008: 203), comienza a aparecer de mano de Gregorio de Tours y Gregorio Magno, y en adelante destaca en las fuentes ibéricas (Juan de Biclaro, crónica de Zaragoza, *Crónica mozárabe*, sermones de Toledo⁶⁶). Finalmente, *Pestilentia/pestis*, siendo inicialmente términos con pocas apariciones, comienzan a verse aplicados explícitamente a la peste en las obras del papa Gregorio (3 veces⁶⁷), y acaban

62 P. ej., *pestis/pestilentia* en Pablo Diácono.

63 P. ej., *strages* en la obra de Gregorio de Tours, lo cual se evidencia cuando se usa en un sentido estricto junto a la alusión a la enfermedad «en sí» (Greg. Tur., *Franc*, X, 1).

64 Aunque es cierto que la vasta mayoría de los empleos de *lues* como designación de la peste son obra de Gregorio de Tours, este término es representativo: no solo lo emplean también Gregorio Magno y el predicador de Toledo, sino que, además, las Etimologías de Isidoro (ca. 615-630) recogen, bajo el término de *pestilentia*, tras describir los bubones, que la peste también es conocida como *lues* (Isid. IV, 6, 19).

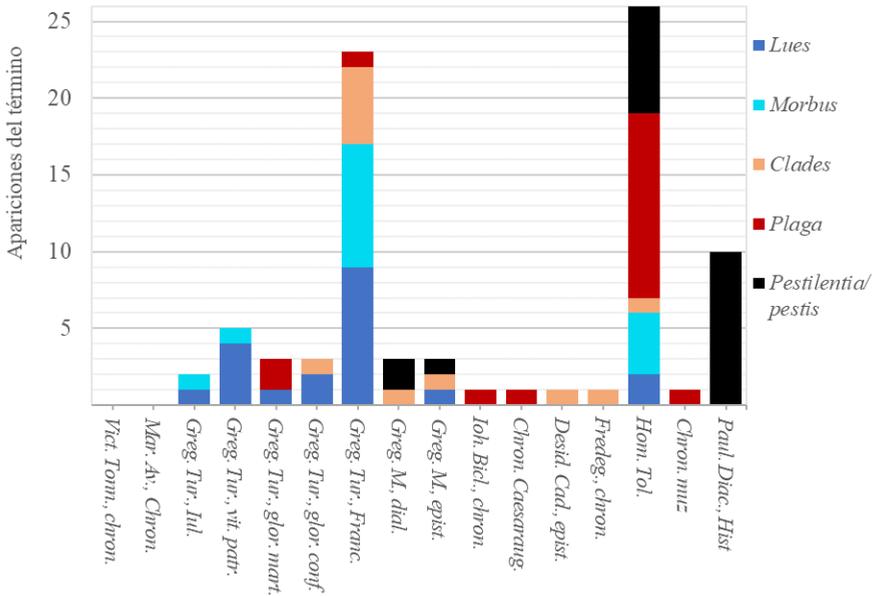
65 P. ej., aplicado a matanzas (Paul. Diac., *Hist.*, I, 19), o inundaciones (Paul. Diac., *Hist.*, II, 16).

66 Además de un epigrafe (CIL, II²/7, 677; HEP, 6, 1996, 571; AE, 1994, 817), procedente de Córdoba, en memoria de un difunto muerto por la *inguinali plaga* en el año 609.

67 Sin tener en cuenta las inclusiones en otras homilías de los relatos ya mencionados.

dominando en los sermones (7) y la *Historia langobardorum* (10).

Gráfico 1. Evolución en el uso de las designaciones de la peste más habituales en las obras estudiadas



Por tanto, estamos ante un escenario de clara mutación en la terminología de la peste. En las primeras décadas, los términos más empleados (*infirmetas*, *lues*, *morbus*) la designan de forma aparentemente más aséptica. Pero desde, al menos, las últimas obras de Gregorio de Tours⁶⁸ hasta entrado el s. VII, varios autores se decantan por un término (*clades*) que introduce en sí una valoración de la peste: la de «desastre». A inicios del s. VII, encontramos correspondencia –las cartas de Gregorio Magno, la carta de Galo a Desiderio– en la que, empleando una nomenclatura variada o ambigua (Tabla 1), el emisor no considera ya necesario precisar de qué desastre o mortalidad habla. Al mismo tiempo, en las crónicas (Juan de Biclario, Fredegario), las oraciones subordinadas dan paso a una adjetivación directa, que también indica mayor familiaridad con la peste. Por lo demás, las expresiones de «plaga tantas veces mencionada», de Gregorio de Tours,⁶⁹ o de «peste que habéis conocido», de Gregorio Magno,⁷⁰ escritas a las puertas del s. VII, ya son suficientemente ilustrativas. La argumentación del tercer sermón *de clade* («¿Por qué tememos tanto que la enfermedad inguinal nos engulla, como si no

68 De acuerdo con la cronología antes establecida, que, no obstante, es problemática (*vid. supra*, n. 27).

69 Greg. Tur., *Franc.*, X, 25

70 Greg. M., *in euang.*, XIX, 7.

hubiera otras variedades de muerte (...)»? Por fiebre o por peste uno ha de morir») demuestra esta concepción distintiva de la peste bubónica. Pero también indica el reemplazo del hipónimo *morbis inguinaris* por el hiperónimo *pestis*, un término con implicaciones mucho más amplias, que abarca epidemias, plagas o cualquier tipo de destrucción (CASINOS, 2022: 214, 232). Y la peste parece ser prácticamente la *pestis* por antonomasia. A este respecto, un uso temprano del término *pestilentia* es muy revelador: se produce cuando Gregorio de Tours compara la profecía evangélica con la peste de Marsella.⁷¹ El hecho de que esta asociación *peste-pestilentia* se encuentre en este testimonio más temprano de forma más indirecta podría indicar que, en lugar de una simple sustitución terminológica, lo que tiene lugar desde la década del 590 –cuando encontramos esta argumentación y las asociaciones a *pestilentia* de Gregorio Magno– es el arraigo de una metonimia que convive con la terminología más «técnica» durante todo el s. VII.

Todo esto nos lleva a una conclusión: las fuentes indican, en los temas que rodean a la peste y en su forma de definirla, por una parte, un calado que, aunque solo haya llegado a nosotros a través de la visión de la élite, parece haber estado presente en el conjunto de la sociedad, y, por otra, una evolución cultural, un cambio de mentalidad, desde los primeros encuentros con la enfermedad hasta su aparente desaparición, y después. Una evolución que podemos reconstruir atendiendo a ciertas reacciones ante la peste ya señaladas en la literatura.

4. LA EVOLUCIÓN DE LA PERCEPCIÓN DE LA PESTE

4.1. Primeras vivencias de peste: continuidades

La Peste de Justiniano no fue el primer choque con la naturaleza experimentado por estas sociedades. El hombre antiguo «convivía con las desgracias y catástrofes de la naturaleza como parte de su vida cotidiana» (ARCE, 1997: 33). Y tampoco para la mente cristiana del s. VI era una novedad.⁷² Por ello, las primeras respuestas rituales a la peste muestran continuidad con la costumbre precedente, pues los pastores disponían de determinados modelos de respuesta para las catástrofes. Gregorio de Tours escribe que el obispo Mamerto de Vienne (463-475) atajó los desastres que la ciudad sufría (terremotos, invasión de animales salvajes, incendios, huida de los habitantes) mediante *rogationes* consistentes en ayunos, procesiones y limosnas.⁷³ Esta narración asume que los prodigios son una advertencia divina, a la que se debe responder con actos de contrición y ruegos de misericordia (GOFFART, 1988: 189). Ya en tiempos de peste, Gontrán ordenó la penitencia, las limosnas y las rogativas de un modo narrado por Gregorio como si fuera relativamente habitual. La comparación hecha por el turonense del fugitivo obispo Cautino con su tío Galo, institutor de las rogativas en Clermont,

⁷¹ Greg. Tur., *Franc.*, X, 25

⁷² Ya la pestilencia de los años 250-270 había obligado a escritores como Cipriano de Cartago a teorizar sobre la muerte y la voluntad divina para calmar a los fieles (LITTLE, 2007b: 25).

⁷³ Greg. Tur., *Franc.*, II, 34.

muestra cómo la respuesta a este tipo de situaciones ya estaba establecida y qué consecuencias se esperaban en caso de no obedecerse.

Y con el proceder cristiano ortodoxo convivían conductas, percepciones y metáforas de mayor antigüedad⁷⁴ y, en ciertas ocasiones, de mayor arraigo. Algunas eran de la tradición clásica; otras, de la tradición bíblica. Un ejemplo es la metáfora de la peste como «incendio»,⁷⁵ que podría derivar de la narración del desastre de Troya de la *Eneida*⁷⁶ y, a través del filtro agustiniano, encontramos también en los sermones *de clade*. La historia de la procesión en torno a Reims muestra la creencia de que la peste se movía por tierra cual incendio, y como a tal se la podía detener (McCORMICK, 2021: 53). También, cuando Gregorio Magno habló de flechas cayendo del cielo, podría haber estado influido por los Salmos, donde son instrumentos de castigo divino, o por Apolo lanzando sus flechas cargadas de pestilencia al comienzo de la *Ilíada* (LITTLE, 2007b: 30). Fredegario describió el fenómeno celeste previo a la peste del 599 como una lluvia de lanzas en llamas. Otro ejemplo de estas concepciones es el del gobernante como responsable de las enfermedades de su pueblo. En la *Vida de Apolonio de Tiana* (s. III) se ilustra a Domiciano temeroso de que Apolonio le acuse de haber traído él la enfermedad a Éfeso (STOCLET, 2007: 142). Es evidente la aplicación de esta idea a los reyes: Gregorio de Tours con Clodoveo II o la *Crónica mozárabe* con Égica.

4.2. Efectos culturales a medio plazo

Pero, sin duda, las repetidas oleadas de peste debieron generar una consciencia al respecto de esta enfermedad mucho más profunda. Gregorio de Tours la asocia a verbos que enfatizan su violencia y destrucción.⁷⁷ La historia de Nicecio y Tréveris sugiere que, al menos para Gregorio, los responsables de la difusión epidémica eran los demonios (McCORMICK, 2021: 63). La peste era vista como una fuerza activa, que, autónoma y rápidamente, llega al lugar marcado para la aniquilación y se apodera de él, reteniendo a la gente, y, a veces, descansando hasta que la población vuelve a la ciudad –el caso de Marsella–. Cuando lograba entrar en una urbe, la muerte se producía tanto en los estratos más bajos de la sociedad –el caso del siervo de Gregorio– como en los más altos, como en el caso del presbítero Catón. Los rituales funerarios no pudieron realizarse correctamente, a lo que los obispos parecen haber reaccionado buscando la normalidad para calmar a su rebaño y proteger su estatus.⁷⁸ Pero, ante esta situación, la reacción principal no

74 También la preservación del saber médico de la Antigüedad es patente en nuestras fuentes, p. ej., en los *Diálogos* (MENÉNDEZ, 2013: 110) o en Pablo Diácono (MENÉNDEZ, 2012: 223; Paul. Diac., *Hist.*, I, 1).

75 Greg. Tur., *Franc.*, IX, 22.

76 HERRERA (2013): 346, n. 35. También, Isidoro cita a Virgilio al comparar la destrucción de la peste con la de un incendio (Isid., IV, 6, 18).

77 Tales como *devastare, vastare, depopulare, exterminare, succendere...* (McCORMICK, 2021: 52).

78 Para el caso de la península ibérica, GRUBER (2018), ha teorizado que las leyes del concilio de Valencia sobre el entierro de obispos buscan que los miembros del alto clero sean enterrados individualmente y tras la adecuada vigilia, en oposición a los enterramientos colectivos que pudieron haber proliferado durante el primer brote en Hispania. Por otra parte, en las *Historias*, hemos visto al obispo Salvio

parece haber sido tanto la respuesta religiosa como la huida.⁷⁹ Las procesiones encabezadas por obispos parecen una forma de persuadir a los ciudadanos de quedarse.⁸⁰ El obispo Gregorio incentiva a sus lectores a obedecer las políticas de estos hombres santos, pero al mismo tiempo muestra el terror generado por la peste y lo difícil que resultó en ocasiones reconducirlo hacia la ortodoxia cristiana.

Esta tensión desembocó en una mayor precisión en las actuaciones y actitudes ante la peste. No solo la huida, sino la forma de desalentarla también se perfecciona. Desde el primer brote, ciertos obispos –el caso de Galo– fueron célebres por atribuírseles la contención de la enfermedad.⁸¹ Cuando los siguientes brotes penetraron en las urbes, sus sucesores intentaron medidas *ad hoc*, más precisas en su ejecución. A este respecto, si algo es más revelador que la delicada organización de la rogativa septiforme organizada por Gregorio Magno en el 590, es el mismo hecho de que, ante el regreso de la peste en el 603, no cambiando prácticamente la propia homilía, adaptase el ritual de súplica.⁸² En esta situación, la posibilidad de culpar a los gobernantes por el advenimiento de la peste se hizo extensiva a los obispos; después de todo, parecen ser los responsables de la salud de sus ciudadanos, y no solo en los relatos legendarios: un perfecto ejemplo es la carta de Galo a Desiderio. Si a las políticas «sanitarias» añadimos las rituales, que tenían la virtud de calmar a los habitantes de las ciudades y evitar su huida, esto se hace aún más comprensible. El predicador de Toledo trata a toda costa de evitar el caos, sustituyendo la huida física de la ciudad por la huida lograda por la consecución de la misericordia divina. Gregorio de Tours, consciente de esta responsabilidad, puede haber atribuido culpas a Cautino (al tiempo que ensalzaba a Catón), a Félix, a Teodoro o al propio papa Pelagio,⁸³ culpas que desembocan en la muerte. Sabemos que la peste era capaz de alcanzar a miembros del alto clero –y el propio Gregorio notifica la muerte de clérigos, como Catón o Salvio, en el cumplimiento de su deber, sin que pueda decirse que estaba interesado en reflejar en su muerte un castigo divino (*cfr.* MORDECHAI y EISENBERG, 2019a)–, pero es muy posible que la muerte de un «mal» gobernante, rey u obispo, se atribuyese específicamente a la peste sin haber sido por esta causa.⁸⁴

preparar su propio *sarcófagus* antes de morir. Gregorio emplea este mismo término para designar los ataúdes que ya no había para tanta gente muerta en el Clermont del 571. Tal vez el acto de fabricar su propio ataúd no sea solo una muestra de humildad y santidad por parte de Salvio, sino que refleje esta preocupación.

79 Fenómeno que, a la sazón, no era novedoso, sino que formaba parte del conjunto de actuaciones existente desde antiguo: vemos precedentes «inmediatos» en Hidacio y en la *Vita S. Severini* (ARCE, 1997: 33 ss.).

80 McCORMICK (2021): 91-92. Los marseleses, acostumbrados a huir y volver una vez fuera seguro, fueron castigados con un rebrote.

81 La misma procesión inaugurada por Galo se mantuvo; su carácter anual y su ejecución en primavera, al inicio del marco estacional más propicio para la peste sugiere además un carácter, más que simplemente conmemorativo, apotropaico (McCORMICK, 2021: 55, 68).

82 *Cfr.* MARTYN (2002: 5-38), quien deduce de este contraste que el motivo tuvo que ser realmente político.

83 Greg. Tur., *Franc.*, IV, 31-32; VI, 15; IX, 22; X, 1.

84 El caso de Félix es interesante. Supuestamente, al estar ya gravemente enfermo hizo que su sobrino Burgundión fuera hasta Tours para que Gregorio aprobase nombrarlo a él obispo. Burgundión, rechazado por Gregorio, regresó a Nantes, donde Félix aún seguía con vida. Una simulación de la

La peste se distinguió, especialmente, en aquellos lugares donde volvió más asiduamente. Esto es patente, sobre todo, en la sociedad visigoda, probablemente debido a la especial incidencia que sufrió.⁸⁵ Égica identifica con precisión las causas de la despoblación de la Narbonense. En los sermones toledanos, la peste se compara con el resto de enfermedades y desastres: el *populus* la reconoce, la ha vivido en repetidas ocasiones y está especialmente aterrado de ella. Los sermones y la *Crónica mozárabe*, fuentes procedentes del centro peninsular, muestran la peste como una fuerza externa que, en apenas tiempo, pasaba de ser lejana o inexistente a afectar a todos, y una vez se iba podía volver en cualquier momento. Para una sociedad que, en contraste, tenía una gran resiliencia y se recuperaba rápidamente tras un brote epidémico (LUELMO-LAUTENSCHLAEGER *et al.*, 2021. *Vid.* MORDECHAI y EISENBERG, 2019a: 35), el temor al regreso de la ira divina era constante. Pero también en la carta de Galo a Desiderio, es patente cómo, tras tantos episodios epidémicos en Clermont y Marsella, las poblaciones locales han «aprendido» ciertas medidas preventivas.⁸⁶ En Marsella, la fuga parece casi rutinaria.

En vista de estos hechos, es difícil admitir la afirmación (*vid.* MORDECHAI y EISENBERG, 2019a: 14) de que las fuentes literarias tienden a olvidarse de la peste una vez concluida su narración, y no contienen evidencias de efectos *a largo plazo*.

4.3. El recuerdo de la peste, como huella de estos procesos

Las consecuencias últimas en las creencias sobre la prevención y expulsión de la plaga ya se han señalado (LITTLE, 2007b) en el análisis de la evolución del culto a san Sebastián y a san Miguel. De acuerdo con la leyenda, Sebastián fue asaetado, pero sobrevivió y se recuperó antes de su ejecución final. La creencia en san Sebastián como protector ante la peste, registrada por Pablo Diácono,⁸⁷ probablemente se consolidó gracias al relato de su supervivencia a las flechas, cuya asociación con la peste ya hemos comprobado. Respecto a san Miguel, el ángel del señor que extendió su espada sobre el cielo de Jerusalén para destruirla, envainándola luego ante las súplicas de David, una metáfora de Gregorio Magno ya lo asocia a la peste: su pueblo es abatido por la espada de la ira divina.⁸⁸ Esta homilía, junto a la dedicación (s. IX) de una capilla a san Miguel en el antiguo mausoleo de Adriano (en adelante, *Castellum Sancti Angeli*), desembocó en el clásico relato de la *Leyenda Dorada* (s. XIII): Gregorio contempla sobre el *Castellum* a san Miguel envainando su espada, signo de que la peste había terminado (LITTLE, 2007b: 28-32). Y a la progresiva consolidación de esta asociación pueden añadirse

ruta de Nantes a Tours con ORBIS (<https://orbis.stanford.edu>) da como resultado un viaje de ida y vuelta de 7 días (McCORMICK, 2021: 56, n. 90), aunque para ello se debe suponer que fuera el transporte terrestre más veloz y que se regresase inmediatamente a Nantes una vez en Tours. Un viaje barato llevaría 20 días. Si Félix hubiera muerto de peste, ambos tiempos de supervivencia serían improbables si ya tenía síntomas graves antes de comenzar el viaje.

⁸⁵ *Vid.* n. 40.

⁸⁶ Medidas que podrían haberse tomado desde el s. VI (McCORMICK, 2021: 92).

⁸⁷ Paul. Diac., *Hist.*, VI, 5.

⁸⁸ Greg. Tur., *Franc.*, X, 1.

también los relatos de visiones de cometas con forma de espada –espadas extendidas sobre el cielo– que Gregorio de Tours y Pablo Dácono sitúan cercanos a episodios de peste.⁸⁹

Las implicaciones de la atribución de culpa a los gobernantes pueden, así mismo, estar vinculadas a ciertas facultades políticas observadas (STOCLET, 2007: 144) en Abasies y Capetos, dinastías que podrían haber encontrado su legitimación en el final de la peste. Además, los Capetos son la primera dinastía de «reyes taumaturgos» capaces de curar y, por tanto, exentos de las posibles acusaciones populares. Cuando los reyes de Inglaterra también comenzaron en el s. XII a atribuirse poderes taumatúrgicos, incluyeron entre las enfermedades que podían curar, de hecho, la *pestis inguinaria*.

Por tanto, parece posible dibujar un escenario de algo más de dos siglos durante los cuales se fueron consolidando y definiendo, desde las primeras reacciones, ciertas visiones religiosas y políticas cuya trayectoria proseguiría: las relativas al uso de la peste como juicio a los gobernantes –reyes, obispos–, y las evocadoras de los santos como reflejo tanto del castigo divino –san Miguel– como de la posibilidad de redención –san Sebastián–.

Asimismo, creemos vislumbrar una evolución en el tratamiento de la enfermedad. Esta evolución partiría del uso de términos combinados frecuentemente con fórmulas explicativas que muestran lo llamativo de la peste y su resonancia a gran escala. Con los sucesivos brotes, pasarían a emplearse locuciones más estandarizadas sin fórmula explicativa, que muestran cómo la presencia en oleadas del morbo inguinal causó un profundo impacto psicológico en la sociedad posromana y un conocimiento de la enfermedad que hacía que el anuncio de su estallido y su cercanía sembrase el pánico. Pero, no obstante, de la peste «en sí» se desvanecieron rápidamente las peculiaridades una vez dejó de golpear en el Mediterráneo occidental. Esto es comprobable observando el regreso a un término genérico –*pestilentia*– en la obra de Pablo Dácono, quien conocía los términos más precisos de autores contemporáneos a la peste. Probablemente en línea con lo que fue la realidad epidémica, la peste pasó de ser reflejada como golpeando todo el orbe al mismo tiempo⁹⁰ a atacando solo ciertas regiones o ciudades, a menudo –como hemos visto en la obra de Pablo– según convenía al autor.

5. CONCLUSIÓN

Las primeras experiencias de la sociedad del occidente posromano con la Peste de Justiniano quedaron condicionadas por el acervo de la tradición clásica y bíblica. Sin embargo, los sucesivos encuentros pudieron volver a esta enfermedad reconocible, e incluso diferenciada del resto, provocando un espanto y un abordaje particulares, que imprimieron en la peste –independientemente de su impacto real– la imagen de la manifestación divina por excelencia, casi un *plague concept*

89 Greg. Tur., *Franc.*, IV, 31; VI, 14. Paul. Diac., *Hist.*, IV, 14-15; V, 31.

90 Vict. Tonn., *chron.*

avant la lettre.

También parecen haber existido tres concepciones en torno a la peste que, si bien estuvieron presentes al tratar otros desastres, tuvieron especial desarrollo en este caso debido a la particular forma de ataque de esta enfermedad (una rápida mortalidad en poco tiempo, una desaparición repentina y una reaparición en «oleadas» separadas por varios años). Estas concepciones son principalmente la incertidumbre generada en las víctimas, el ansia por escapar de la muerte cuya aproximación era anunciada y, en última instancia, la visión de la plaga como corrección divina ante una ofensa puntual, una corrección singular para los contemporáneos y una más para los que posteriormente la recordaron. En este sentido, es incluso posible que las características epidemiológicas de la peste contribuyeran a que los brotes se prestaran con especial facilidad a la cualidad de «evento dramático» de las epidemias descrita por Charles Rosenberg (ROSENBERG, 1989).

En cualquier caso, una vez superada la prueba divina, los detalles sobre la misma eran irrelevantes, pero no las vías de salvación. A mediados del s. IX, Juan Dícono recogió una noticia sobre el último brote registrado de peste en Nápoles (766/767). Se refiere a ella como «*clades (...) quae a medicis inguinarum vocatur*». ⁹¹ Esta mención –quizá, en el s. IX, ya de anticuario– al aparecer de forma nosológica y, por tanto, aún más restringida en su definición que las de los primeros brotes, revela lo siguiente: Europa había olvidado la peste *en sí*, pero no que los reyes y los santos habían sido los que la habían expulsado.

6. AGRADECIMIENTOS

Este trabajo ha sido elaborado gracias a la ayuda PRE2021-098460, financiada por MICIU/AEI/10.13039/501100011033 y por el FSE+.

7. REFERENCIAS

Fuentes primarias y ediciones críticas

Mar. Avent., *chron.* = MOMMSEN, T. (ed.) (1894): *Chronica minora saec. IV, V, VI, VII* (Monumenta Germaniae Historica, Auctorum Antiquissimorum 11), vol. 2, Societas Aperiendis Fontibus Rerum Germanicarum Medii Aevi, Berlín: 225-239. https://www.dmgh.de/mgh_auct_ant_11 [MURRAY, A.C. (2008a): *From roman to merovingian gaul. A reader* (Readings in medieval civilizations and cultures 5), University of Toronto Press, Toronto: 100-108]

Víct. Tonn., *chron.* = CARDELLE DE HARTMANN, C.; COLLINS, R. (eds.) (2001): *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclarensis Chronicon* (Corpus Christianorum, Series latina 173 A). Brepols,

⁹¹ Ioh. Diac., *Gest. episc. Neapol.*, 42. «El desastre (...) que los médicos llaman inguinal» (traducción propia).

Turnhout: 3-55.

- Ioh. Bicl., *chron.* = CARDELLE DE HARTMANN, C.; COLLINS, R. (eds.) (2001): *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclarenensis Chronicon* (Corpus Christianorum, Series latina 173 A), Brepols, Turnhout: 59-83.
- Chron. Caesaraug. = CARDELLE DE HARTMANN, C.; COLLINS, R. (eds.) (2001): *Victoris Tunnunensis Chronicon cum reliquiis ex Consularibus Caesaraugustanis et Iohannis Biclarenensis Chronicon* (Corpus Christianorum, Series latina 173 A), Brepols, Turnhout: 3-83. [JIMÉNEZ, J.A. (2007): «Acerca de la denominada Crónica de Zaragoza», *Helmantica*, 58 (177): 339-367. <http://hdl.handle.net/2445/53088>]
- Chron. muz. = LÓPEZ, J.E. (ed. y trad.) (1980): *Crónica mozárabe de 754. Edición crítica y traducción* (Textos Medievales 58). Anubar Ediciones, Zaragoza.
- Hom. Tol. = GRÉGOIRE, R. (ed.) (1966): *Les homéliaires du moyen âge: Inventaire et analyse des manuscrits* (Rerum ecclesiasticarum documenta, Series maior. Fontes 6), Herder, Roma.
- Greg. M., *dial.* = DE VOGÜÉ, A. (ed.); ANTIN, P. (trad.) (1979): *Grégoire le Grand. Dialogues* (v. 2) (Sources Chrétiennes 260), CERF, París. DE VOGÜÉ, A. (ed.); ANTIN, P. (trad.) (1980): *Grégoire le Grand. Dialogues* (v. 3) (Sources Chrétiennes 265), CERF, París.
- Greg. M., *epist.* = NORBERG, D. (ed.) (1982a): *S. Gregorii Magni opera. Registrum epistularum libri I-VII* (Corpus Christianorum, Series latina 140), Brepols, Turnhout. NORBERG, D. (ed.) (1982b): *S. Gregorii Magni opera. Registrum epistularum libri VIII-XIV, appendix* (Corpus Christianorum, Series latina 140 A), Brepols, Turnhout. [MINARD, P. (ed. y trad.) (1991): *Grégoire le Grand. Registre des lettres* (v. 1) (Sources Chrétiennes 371), CERF, París]
- Greg. Tur., *Franc.* = KRUSCH, B.; LEVISON, W. (eds.) (1951): *Gregorii episcopi turonensis Libri Historiarum X* (Monumenta Germaniae Historica, Scriptores Rerum Merovingicarum 1, 1), Societas Aperiendis Fontibus Rerum Germanicarum Medii Aevi, Hannover. https://www.dmgh.de/mgh_ss_rer_merov_1_1 [HERRERA, P. (trad.) (2013) *Gregorio de Tours. Historias* (Tempus Werræ 1), Universidad de Extremadura, Cáceres]
- Greg. Tur., *vit. patr.* = KRUSCH, B. (ed.) (1885): *Gregorii episcopi turonensis miracula et opera minora* (Monumenta Germaniae Historica, Scriptores Rerum Merovingicarum 1, 2), Societas Aperiendis Fontibus Rerum Germanicarum Medii Aevi, Hannover. https://www.dmgh.de/mgh_ss_rer_merov_1_2 [JAMES, E. (trad.) (2007): *Gregory of Tours: Life of the Fathers* (Translated texts for historians 1), 3^a ed, Liverpool University Press, Liverpool]
- Greg. Tur., *glor. mart.* = KRUSCH, B. (ed.) (1885) [VAN DAM, R. (trad.) (2004a): *Gregory of Tours: Glory of the martyrs* (Translated texts for historians 4), 2^a ed, Liverpool University Press, Liverpool]
- Greg. Tur., *lul* = KRUSCH, B. (ed.) (1885) [VAN DAM, R. (trad.) (1993): *Saints and their miracles in late antique Gaul*, Princeton University Press, Princeton]
- Greg. Tur., *glor. conf.* = KRUSCH, B. (ed.) (1885) [VAN DAM, R., (trad.) (2004b): *Gregory of Tours: Glory of the confessors* (Translated texts for historians 5), 2^a ed, Liverpool University Press, Liverpool]

- Fredeg., *Chron.* = DEVILLERS, O. y J. MEYERS, (eds. y trads.) (2001): *Frédégaire. Chronique des temps mérovingiens* (Miroir du Moyen Age 8), Brepols, Turnhout.
- Paul. Diac., *Hist.* = BETHMANN, L.K.; WAITZ, G. (eds.) (1878): «Pauli *Historia Langobardorum*», en G. WAITZ (ed.), *Scriptores rerum langobardicarum et italicarum. Saec. VI-IX* (Monumenta Germaniae Historica), Societas Aperiendis Fontibus Rerum Germanicarum Medii Aevi, Hannover: 12-192. https://www.dmgh.de/mgh_ss_rer_lang_1 [HERRERA, P. (trad.) (2006) *Pablo Diácono. Historia de los longobardos*, Universidad de Cádiz, Cádiz]
- Desid. Cad., *epist.*, II, 20 = ARNDT, W. (1892): «Desiderii episcopi Cadurcensis epistolae», En E. DÜMLER (ed.), *Epistolae merowingici et karolini aevi* (v. 1) (Monumenta Germaniae Historica, Epistularum 3), Societas Aperiendis Fontibus Rerum Germanicarum Medii Aevi, Berlín: 191-192. https://www.dmgh.de/mgh_epp_3
- Ioh. Diac., *Gest. episc. Neapol.* = WAITZ, G. (1878): «Gesta episcoporum neapolitanorum», en G. WAITZ (ed.), *Scriptores rerum langobardicarum et italicarum. Saec. VI-IX* (Monumenta Germaniae Historica), Societas Aperiendis Fontibus Rerum Germanicarum Medii Aevi, Hannover: 397-435.
- Isid. = OROZ, J.; MARCOS, M.-A.; DÍAZ, M.C. (1982): *San Isidoro de Sevilla. Etimologías. Edición bilingüe. I (Libros I-X)* (Biblioteca de Autores Cristianos), La Editorial Católica, Madrid.

Bibliografía general

- ALLEN, P. (1979): «The “Justinianic” Plague», *Byzantion*, 49: 5-20.
- ARRIZABALAGA, J. (2002): «Problematizing retrospective diagnosis in the history of disease», *Asclepio*, 54: 51-70. <https://doi.org/10.3989/asclepio.2002.v54.i1.135>
- ARCE, J. (1997): «Las catástrofes naturales y el fin del mundo antiguo», en J. I. DE LA IGLESIA (ed.), *VII Semana de Estudios Medievales: Nájera, 29 de julio al 2 de agosto de 1996*, Instituto de Estudios Riojanos, Logroño: 27-36.
- ARMITAGE, P. L. (1994): «Unwelcome companions: ancient rats reviewed», *Antiquity*, 68: 231-240. <https://doi.org/10.1017/S0003598X00046548>
- BARBIERI, R.; SIGNOLI, M.; CHEVÉ, D.; COSTEDOAT, C.; TZORTZIS, S.; ABOUDHARAM, G.; RAOULT, D.; DRANCOURT, M. (2021): «*Yersinia pestis*: the natural history of plague», *Clinical Microbiology Reviews*, 34: 1-44. <https://doi.org/10.1128/CMR.00044-19>
- BENEDICTOW, O. J. (2010): *What Disease was Plague?* Leiden, Brill. <https://doi.org/10.1163/ej.9789004180024.i-746>
- BENEDICTOW, O. J. (2021): *The complete history of the Black Death*, Boydell Press, Woodbridge. <https://doi.org/10.1017/9781787449312>
- BIRABEN, J.-N. y LE GOFF, J. (1969): «La peste dans le Haut Moyen Age», *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 24 (6): 1484-1510. <https://doi.org/10.3406/ahess.1969.422183>
- CASINOS, F. J. (2022): «*Tanta pestilentia fuit...*: Recursos rituales y jurídicos para conjurar las epidemias en la antigua Roma», *Studia Historica. Historia Antigua*,

- 40: 207-238. <https://doi.org/10.14201/shha202240207238>
- ELL, S.: «Immunity as a factor in the epidemiology of medieval plague», *Reviews of Infectious Diseases*, 6 (6): 866-879. <https://doi.org/10.1093/clinids/6.6.866>
- FERREIRO, A. (2021): «Plagues and their function in sources of Late Antique-Visigothic Hispania and Gregory of Tours», *Vox Patrum*, 78: 365-388. <https://doi.org/10.31743/vp.11582>
- GALÁN, P. J. (2012): «La capitulación y la titulación de los capítulos en los Diálogos de Gregorio Magno», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 32 (2): 271-297. https://doi.org/10.5209/rev_CFCL.2012.v32.n2.41027
- GOFFART, W. (1963): «The Fredegar problem reconsidered», *Speculum*, 38 (2): 206-241. <https://doi.org/10.2307/2852450>
- GOFFART, W. (1988): *Narrators of barbarian history (AD 550-800): Jordanes, Gregory of Tours, Bede, and Paul the Deacon*, Princeton University Press, Princeton.
- GONZÁLEZ, F. (2018): «Un perfil para el autor de la Crónica Mozárabe de 754», *Collectanea Christiana Orientalia*, 15: 31-48. <http://hdl.handle.net/10396/17111>
- GRUBER, H. (2018): «Indirect evidence for the social impact of the Justinianic pandemic: Episcopal burial and conciliar legislation in Visigothic Hispania», *Journal of Late Antiquity*, 11 (1): 193-215. <https://doi.org/10.1353/jla.2018.0001>
- HALDON, J.; ELTON, H.; HUEBNER, S. R.; IZDEBSKI, A.; MORDECHAI, L.; NEWFIELD, T. P. (2018): «Plagues, climate change, and the end of an empire: A response to Kyle Harper's *The Fate of Rome* (3): Disease, agency, and collapse», *History Compass*, 16: 1-10. <https://doi.org/10.1111/hic3.12507>
- HARPER, K. (2019): *El fatal destino de Roma. Cambio climático y enfermedad en el fin de un imperio*, DEL VALLE, E. (trad.), Planeta, Barcelona.
- HARRISON, D. (1993): «Plague, settlement and structural change at the dawn of the Middle Ages», *Scandia: Tidskrift för historisk forskning*, 59 (1): 15-48. <https://journals.lub.lu.se/scandia/article/view/1070>
- HAYS, J. N. (2007): «Historians and epidemics: simple questions, complex answers», en L. K. LITTLE (ed.), *Plague and The End of Antiquity: The Pandemic of 541-750*, Cambridge University Press, Cambridge: 33-56. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511812934.005>
- JORGE, R. (1933): «*Summa epidemiologica* de la peste. Epidémies anciennes et modernes», *Bulletin mensuel de l'Office International d'Hygiène publique*, 25 (3): 425-450.
- KULIKOWSKI, M. (2007): «Plague in Spanish late Antiquity», en L. K. LITTLE (ed.), *Plague and The End of Antiquity: The Pandemic of 541-750*, Cambridge University Press, Cambridge: 150-170. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511812934.011>
- LITTLE, L. K. (ed.) (2007a): *Plague and the end of Antiquity: The pandemic of 541-750*, Cambridge University Press, Cambridge. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511812934>
- LITTLE, L. K. (2007b): «Life and afterlife of the first plague pandemic», en L.K. LITTLE (ed.), *Plague and The End of Antiquity: The Pandemic of 541-750*, Cambridge University Press, Cambridge: 3-32. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511812934.004>
- LUELMO-LAUTENSCHLAEGER, R.; IZDEBSKI, A.; BLANCO, A.; PÉREZ, S.; LÓPEZ, J. A. (2021): «Historia paleoambiental de la Sierra de Gredos (Sistema Central español,

- Ávila) en época visigoda: incidencia de la plaga de Justiniano (541-543 A. D.)», *Arqueología iberoamericana*, 47: 78-90. <https://doi.org/10.5281/zenodo.4558650>
- MADDICOTT, J. (2007): «Plague in seventh-century England», en L. K. LITTLE (ed.), *Plague and The End of Antiquity: The Pandemic of 541-750*, Cambridge University Press, Cambridge: 171-214. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511812934.012>
- MARASCHI, A. (2018): «Red lights in the sky, hunger in sight. Aurora borealis and famine between experience and rhetoric in the early Middle Ages», *Revista de História da Sociedade e da Cultura*, 18: 301-319. https://doi.org/10.14195/1645-2259_18_16
- MARTÍN-IGLESIAS, J.C. (2010a): «Juan de Biclaro», en Codoñer Merino, Carmen (coord.): *La Hispania visigótica y mozárabe. Dos épocas en su literatura*, Eds. Universidad de Salamanca, Salamanca: 56-60.
- MARTÍN-IGLESIAS, J. C. (2010b): «*Chronica Muzarabica anni 754*» en Codoñer Merino, Carmen (coord.): *La Hispania visigótica y mozárabe. Dos épocas en su literatura*, Eds. Universidad de Salamanca, Salamanca: 244-251.
- MARTYN, J. R. C. (2002): «Four notes on the *Registrum* of Gregory the Great», *Parergon*, 19 (2): 5-38. <https://doi.org/10.1353/pgn.2002.0052>
- MCCORMICK, M. (2003): «Rats, communications, and plague: Toward an ecological history», *Journal of Interdisciplinary History*, 34 (1): 1-25. <https://doi.org/10.1162/002219503322645439>
- MCCORMICK, M. (2021): «Gregory of Tours on sixth-century plague and other epidemics», *Speculum*, 96 (1): 38-96. <https://doi.org/10.1086/711721>
- MENÉNDEZ, L. R. (2012): «Medicina, enfermedad y muerte en la Italia Tardoantigua: un acercamiento a través de la “*Historia Langobardorum*” de Paulo Diácono», *Studia Historica. Historia Antigua*, 30: 217-251. <http://hdl.handle.net/10366/129229>
- MENÉNDEZ, L. R. (2013): «Medicina, enfermedad y muerte en la Italia tardoantigua: un acercamiento a través de los *Dialogi* de Gregorio Magno», *Helmantica*, 64 (191): 109-151. <https://doi.org/10.36576/summa.31007>
- MIARINJARA, A.; BLAND, D. M.; BELTHOFF, J. R.; HINNEBUSCH, B. J. (2021): «Poor vector competence of the human flea, *Pulex irritans*, to transmit *Yersinia pestis*», *Parasites vectors*, 14 (317): 1-15. <https://doi.org/10.1186/s13071-021-04805-3>
- MORDECHAI, L. y EISENBERG, M. (2019a): «Rejecting catastrophe: the case of the Justinianic Plague», *Past & Present*, 244 (1): 3-50. <https://doi.org/10.1093/pastj/gtz009>
- MORDECHAI, L. y EISENBERG, M. (2019b): «The Justinianic Plague: An interdisciplinary review», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 43 (2): 156-180. <https://doi.org/10.1017/byz.2019.10>
- MORDECHAI, L. y EISENBERG, M. (2020): «The Justinianic Plague and global pandemics: The making of the Plague Concept», *The American Historical Review*, 125 (5): 1632-1667. <https://doi.org/10.1093/ahr/rhaa510>
- MORDECHAI, L.; EISENBERG, M.; NEWFIELD, T. P.; IZDEBSKI, A.; KAY, J. E.; POINAR, H. (2019): «The Justinianic Plague: An inconsequential pandemic?», *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 116 (51): 25546-25554. <https://doi.org/10.1073/pnas.1908000116>

- org/10.1073/pnas.1903797116
- MORDECHAI, L.; EISENBERG, M.; NEWFIELD, T. P.; IZDEBSKI, A.; KAY, J. E. (2020): «Doing History: Plague Past and Future - A second response to Mischa Meier», *Medizinhistorisches Journal*, 55 (3): 297-298. <https://doi.org/10.25162/mhj-2020-0013>
- MULHALL, J. (2019): «Plague before the pandemics: The Greek medical evidence for bubonic plague before the sixth century», *Bulletin of the History of Medicine*, 93 (2): 151-179. <https://doi.org/10.1353/bhm.2019.0025>
- MURRAY, A. C. (2008b): «Chronology and the composition of the Histories of Gregory of Tours», *Journal of Late Antiquity*, 1 (1): 157-196. <https://doi.org/10.1353/jla.0.0004>
- PINO, L. M. y HERNÁNDEZ, J. P. (2008): «En torno al significado original del vocablo griego *epidēmía* y su identificación con el latino *pestis*», *Dynamis*, 28: 199-215. <https://hdl.handle.net/10481/77575>
- POLAND, J. D. y DENNIS, D. T. (1998): «Plague», en A. S. EVANS; P. S. BRACHMAN (eds.), *Bacterial Infections of Humans*, Springer, Boston: 545-558. https://doi.org/10.1007/978-1-4615-5327-4_28
- ROSEN, W. (2008): *El fin del imperio romano. La primera gran peste de la era global*, Osés, M. (trad.), Paidós, Barcelona.
- ROSENBERG, C. E. (1989): «What is an epidemic? AIDS in historical perspective», *Daedalus*, 118 (2): 1-17. <https://doi.org/10.1353/bhm.2020.0082>
- RUSSELL, J. C. (1968): «That earlier plague», *Demography*, 5 (1): 174-184. <https://doi.org/10.1007/BF03208570>
- SARRIS, P. (2022): «Viewpoint. New approaches to the 'Plague of Justinian'», *Past & Present*, 254 (1): 315-346. <https://doi.org/10.1093/pastj/gtab024>
- STATHAKOPOULOS, D. (2000): «The Justinianic plague revisited», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 24: 256-276. <https://doi.org/10.1179/byz.2000.24.1.255>
- STATHAKOPOULOS, D. (2004): *Famine and Pestilence in the Late Roman and Early Byzantine Empire. A Systematic Survey of Subsistence Crises and Epidemics*, Ashgate, Aldershot.
- STOCLET, A. J. (2007): «*Consilia humana, ops divina, superstitio*: Seeking succor and solace in times of plague, with particular reference to Gaul in the Early Middle Ages», en L.K. LITTLE (ed.), *Plague and The End of Antiquity: The Pandemic of 541-750*, Cambridge University Press, Cambridge: 135-149. <https://doi.org/10.1017/CBO9780511812934.010>